

D†S

“... LA HERMOSA
PALABRA DE DIOS”

(Hch 6.5)

CIRCULAR

N.º 276

del

HNO. BERNARD GAUDEUL

Superior General

HH. MENESIANOS

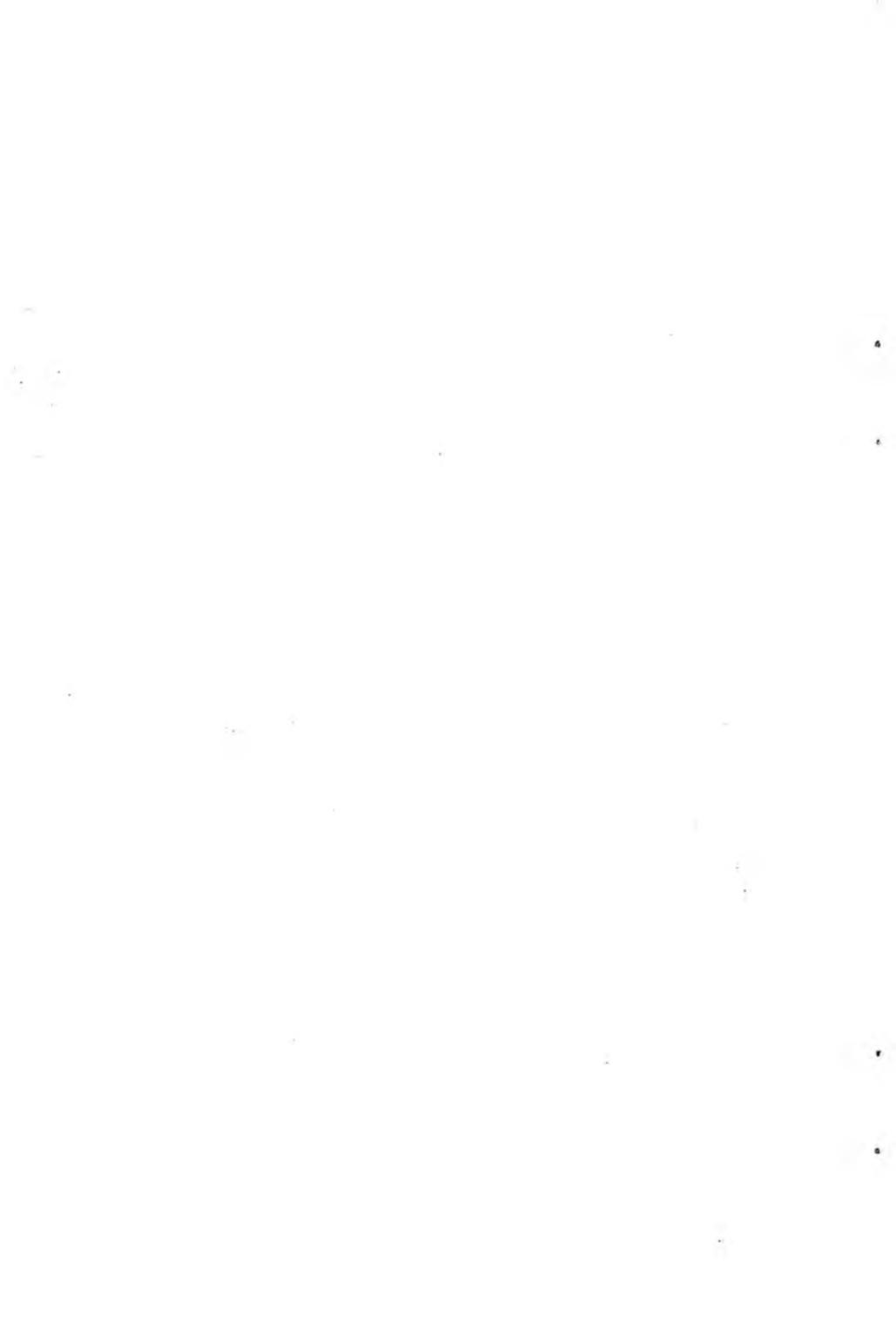
ROMA - JUNIO 1987

D†S

“... LA HERMOSA
PALABRA DE DIOS”

(Hch 6,5)

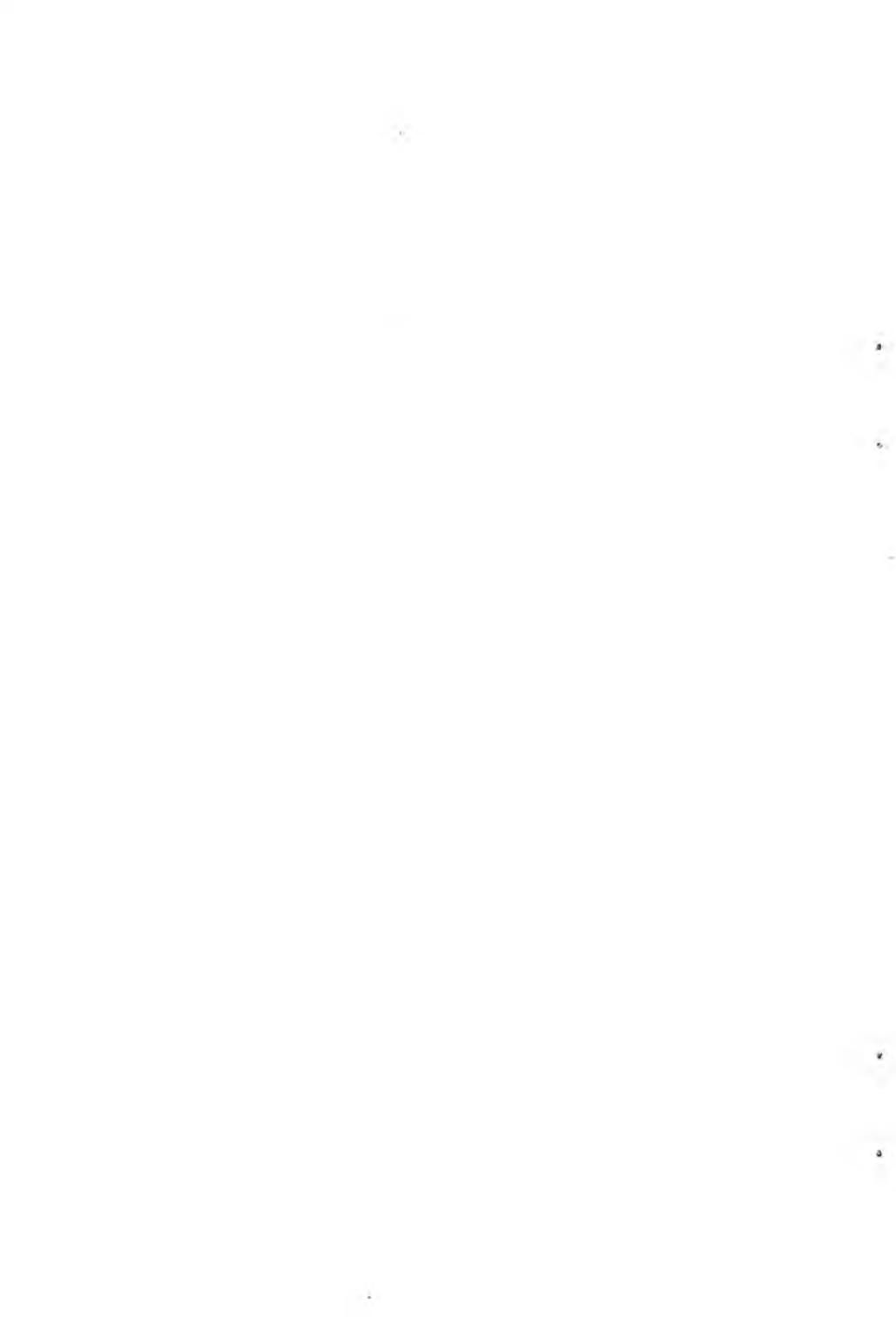
CIRCULAR 276



INDICE

INTRODUCCION

I. EL MISTERIO DE LA PALABRA	
Palabra de Dios y palabra de hombre	10
Palabra humilde	14
Palabra poderosa y eficaz	15
Palabra viva hoy	17
Palabra para mí	19
Palabra de amor	21
II. LA ACOGIDA DE LA PALABRA	
Escuchar la Palabra	25
Guardar la Palabra	29
Practicar la Palabra	33
III. LA PROCLAMACION DE LA PALABRA	
A) <i>Qué palabra proclamar</i>	38
B) <i>Cómo proclamar la Palabra</i>	41
En espíritu y en Iglesia	41
En la fe	44
Con humildad	45
Con audacia	46
En el gozo	50
Según tres fórmulas principales	50
C) <i>Dónde y cuándo proclamar la Palabra</i>	51
Los encuentros ocasionales	51
La máxima	53
La catequesis	54
Los equipos de reflexión y profundización	57
IV. EL FRUTO DE LA PALABRA	
Nacido de la Palabra	59
Crecido en la Palabra	60
Realizado en la Palabra	62
V. ALGUNAS APLICACIONES PRACTICAS	
Leer la Palabra	65
Estudiar la Palabra	67
Rezar con la Palabra	69
Compartir la Palabra	71
Ser testigo de la Palabra	73
CONCLUSION	75
Epílogo	78



“... LA HERMOSA PALABRA DE DIOS”

(Hch 6, 5)

“Para conocer bien a Jesucristo, es preciso profundizar la Escritura. El mismo Jesús nos lo aconseja.”

(Jean Marie de la Mennais a Bruté, I, p. 50)

Hermanos,

La Regla de Vida nos pide estudiar la Palabra de Dios (C 68, D 87), someternos a ella en espíritu de obediencia (D 55), cimentar sobre ella nuestra vida religiosa (D 57), alimentar con ella nuestra oración (D 80,86), nuestra lectura espiritual (C 45; D 78) y nuestra devoción a María (D 93), inspirarnos en ella para la formación de los aspirantes (C 56) y contribuir a su proclamación por medio de la catequesis (D 114).

En noviembre de 1985, la Conferencia General de la Congregación nos hacía una llamada apremiante invitándonos a escuchar y celebrar la Palabra de Dios. Nos parecía el modo mejor para que cada Hermano “*profundizase en una experiencia personal de Dios*” capaz de llevarle hacia “*una renovación espiritual centrada en la persona de Jesús y en una búsqueda actualizada de la voluntad de Dios*” (Cf *Circular* 274, p. 35).

Esta importancia otorgada a la Palabra de Dios responde a una corriente de fondo de la Iglesia contemporánea, fomentada por la Encíclica de Pfo XII *Divino Afflante Spiritu* y por la Constitución *Dei Verbum* del Vaticano II.

Hasta entonces, la controversia con los protestantes, que se remonta al siglo XVI, y la crisis modernista de 1900, habían provocado, entre los católicos, un cierto recelo hacia la Biblia, en detrimento de los fieles, quienes no pudieron argüir razones válidas contra la crítica histórico-científica de las Escrituras. La fe de algunos se debilitó hasta convertirse en pietismo y la élite intelectual, bajo la influencia del positivismo filosófico y científico, llegó a un abandono progresivo de la fe.

Hoy esta crisis ha sido superada. Los tesoros de la Escritura nos pertenecen de nuevo. La Palabra de Dios vuelve a ocupar su puesto de honor en la Liturgia y en la vida cotidiana. Abundan los libros que la estudian y la explican, se multiplican los cursos de iniciación a los estudios bíblicos. Asistimos a un verdadero despertar en este campo y los frutos son abundantes. "Vivimos una 'epifanía' de la Palabra de Dios en la comunidad cristiana" (Enzo Bianchi: *Prier la Parole*).

Nosotros la leemos y la escuchamos a menudo varias veces al día... quizá demasiado a menudo. Se convierte en algo rutinario como canción de cuna que nos adormece, como una música cuya melodía nos es conocida, un murmullo en lo más profundo del inconsciente. Corremos el riesgo de prestarle la misma atención que al editorial del periódico o a la última canción escuchada por radio. Quizá hasta menos: no nos parece actual. El Nuevo Testamento y el mismo Evangelio parecen obsoletos: ¡idos mil años ya!... Y ¡qué decir del Antiguo Testamento! ¡Qué nos importan hoy los amores de Jacob, David y sus problemas dinásticos, Nabucodonosor y Asurbanipal con sus proyectos expansionistas! ¡Y dejémonos ya de Jeremías y sus jeremiadas, de Jonás y su ballena, y de Job y su estercolero! ¡Dejemos ya a Pablo enfrentarse con los Judíos y a Jesús con los Fariseos, los Saduceos y los seguidores de Herodes! Lo que nos preocupa es el mundo de hoy y de mañana, el mundo de la informática y nuclear. No el de ayer con su civilización rural superada, con su mentalidad primitiva e ingenua que nada tiene que ver con la nuestra, científica y crítica.

Además ¿es todo Palabra de Dios?

¿Palabra de Dios, este fárrago de leyes que se desgranar a lo largo de interminables capítulos del Pentateuco, pasados de moda como los sombreros de las tatarabuelas? ¿Palabra de

Dios esos anatemas del libro de los Jueces abogando en favor del genocidio de las poblaciones conquistadas, esos gritos de venganza en contra de los impíos triunfantes que se deslizan hasta en los salmos, los oráculos de cólera vituperados por los profetas? ¿Palabra de Dios el incesto de Judas, el adulterio de David? ¿Palabra de Dios esos poemas del Cantar de los Cantares, tan profanos, tan carnales, donde ni siquiera aparece el nombre de Dios? ¿Palabra de Dios esas aproximaciones históricas, esas contra-verdades científicas que se encuentran aquí y allá en el texto sagrado?

Sí, ¡Palabra de Dios! San Pablo lo afirma de modo categórico: *"Toda la Escritura es inspirada por Dios"* (2 **Tm** 3,16). San Pedro reitera: *"Nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, hombres movidos por el Espíritu Santo han hablado de parte de Dios"* (2 **P** 1,21). El Concilio Vaticano II hace suya la misma afirmación: *"Las Sagradas Escrituras contienen la Palabra de Dios y, por ser inspiradas, son en verdad la Palabra de Dios"* (*Dei Verbum* 24).

Pero la Palabra de Dios necesita ser entendida. No pretende enseñar al hombre la historia, las ciencias exactas, todas las disciplinas que son fruto de su trabajo y de sus investigaciones. *"Dios no nos dice nada acerca de la marcha del mundo, de las leyes que lo rigen pese a que muchos creyentes lo hayan creído durante tiempo. Dios no nos descifra el sentido de las relaciones de fuerza que se juegan en nuestra historia, no convierte a los creyentes en adivinos del futuro, pese a que éstos lo crean a menudo"* (Ch. Duquocq: *Initiation à la pratique de la théologie; Dogmatique* 1, p. 70 del texto francés). Pero, Creador del hombre y del mundo, Dios nos revela, y Él sólo puede hacerlo más allá de las explicaciones de nuestras ciencias —el sentido profundo y último de la vida y de la historia.

La Palabra se dirige a la inteligencia espiritual. Invita a comprender lo que *"el Espíritu dice a las Iglesias"* (**Ap** 2,29). Expone la lenta pedagogía de Dios que forma a su pueblo a lo largo de los siglos, sin quemar etapas, caminando con el hombre. Acrisola paulatinamente su conciencia moral y le ayuda a ahondar en la búsqueda espiritual. Israel, el pueblo formado por la Palabra! según las diferentes maneras en que ésta se

encarna desde los Patriarcas, los legisladores, los profetas y los sabios, hasta Jesús y sus apóstoles.

Se puede abordar la Biblia como historiador y considerarla como fuente de enseñanzas de gran valor para comprender a la humanidad. Como poeta sensible al ritmo de sus frases, a los símbolos que presenta, a la belleza de sus imágenes. Como sociólogo que aprecia la evolución de las relaciones de los Israelitas entre ellos o con los extranjeros, a lo largo de los siglos. Pero nos falta lo esencial: la Biblia, Palabra de Dios, que nos llama a creer, que propone una experiencia de salvación, que invita a la comunión con el Dios vivo, a una alianza con El sellada sobre esta tierra para la eternidad. Hay una *"manera puramente intelectual de acercarse a la Escritura que es, al mismo tiempo, incompreensión total de su mensaje; sucede a veces que el estudio de la Escritura hace perder la fe... Al contrario, es posible llegar a una comprensión de la Escritura independientemente de los estudios técnicos"* (Dom Guy-Marie Oury, *Chercher Dieu dans sa Parole*, pp. 25-26 del texto francés).

Se puede también tener de Dios una idea tan alta que se le priva de la posibilidad de conversar con el hombre. Existiría entre ellos un abismo que ni Dios podría colmar sin una condescendencia indigna de El, ni tampoco el hombre bajo pena de lesa-majestad. Este trascendentalismo exagerado tiene por lo menos la ventaja de invitarnos a una gran modestia: no podemos hablar de Dios y de su Palabra sino por analogía y esto exige purificar incesantemente nuestras representaciones, nuestras expresiones. *"Tú, el más allá de todo, ¿acaso no es esto todo lo que de ti se puede cantar?... Ninguna palabra te expresa... Superas a toda inteligencia... Nadie puede conocerte... Todos los nombres te pertenecen, y, sin embargo, ¿cómo puedo nombrarte a Ti, el Unico a quien no se le puede nombrar?"* (Poema atribuido a San Gregorio Nacianceno).

Las páginas que siguen sólo tienen sentido si creemos. Si dudamos, si nuestra fe es vacilante, pongámonos primero de rodillas y, como nos invita a hacerlo el Padre de La Mennais: *"Pidamos a Dios, humilde e incesantemente, que nos dé la inteligencia del corazón, sin la cual no podemos comprender en absoluto sus divinas lecciones, ni podemos penetrar en sus misterios. Pidámosle ser de aquellos pequeños a quienes El se*

digna instruir y a quienes se complace en revelar sus secretos" (A l'abbé Bruté, en *Correspondance*, t. 1, 50).

Nos ocurrirá entonces lo mismo que a muchos otros: la Palabra de Dios será "*luz para nuestro sendero*" (*Sal* 118, 105); según los días y las circunstancias, despertará en nosotros el gozo, la paz, la alabanza, el temor, la admiración. La Biblia será nuestro libro de cabecera y cada día nos gustará leer algunos de sus pasajes.

En las páginas siguientes vamos a abordar cuatro aspectos de la Palabra de Dios:

- I. El Misterio de la Palabra de Dios.***
- II. La acogida de la Palabra de Dios.***
- III. La proclamación de la Palabra de Dios.***
- IV. El fruto de la Palabra de Dios.***

Y sacaremos, luego, algunas aplicaciones prácticas.

I. El misterio de la Palabra de Dios

Palabra de Dios ¡Dios habla! Desde la eternidad, se expresa a Sí mismo; el Padre concibe la idea y, de este mismo movimiento, engendra la Palabra. Palabra llena, acabada, no sólo palabra personal, palabra que es una Persona, su Hijo, “*resplandor de su gloria e impronta de su sustancia*” (**Hb** 1,3), en todo idéntico a El, de la misma naturaleza que el Padre.

Palabra eterna, interior a Dios: “*El Verbo estaba con Dios*” (**Jn** 1,1), dicha en el principio y dirigida a la comunicación entre las Personas.

Palabra pronunciada a gloria de Dios sólo, palabra que expresa el misterio en el que el Hijo y el Padre se complacen en el Espíritu que les inunda. Palabra que se recibe gozosa del Padre y a El vuelve, sin cesar, en éxtasis de amor.

Palabra envuelta en el silencio, inaudible para el hombre. Sólo le será accesible a través de sus manifestaciones históricas: la creación y la encarnación redentora.

* * *

El Dios que crea, es el Dios Trinidad. La Palabra increada, participa en esta creación como “*arquitecto*” (**Pr** 8,30), de tal modo que la creación habla a su vez, “*cuenta la gloria de Dios, el día al día comunica el mensaje, y la noche a la noche transmite la noticia; su mensaje llega hasta el confín del mundo*” (**Sal** 18,2-3). Gracias a ella, el hombre atisba algo de su Creador: “*pues lo que de Dios se puede conocer El se lo manifiesta. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su*

poder eterno y su divinidad" (Rm 1,19-20). Por medio de la creación, la Palabra se manifiesta ya como acto revelador de Dios. Es decir, lo que será siempre.

En esta obra de revelación, la Palabra interpela directamente al hombre. Entra en la historia. Se dirige a Abraham y le promete hacerle padre de un gran pueblo. Renueva su promesa a Isaac y a Jacob. Elige a Moisés como profeta de su Alianza, y el Decálogo —las Diez Palabras— será la Carta fundamental.

A partir de entonces, la historia es una "historia santa", "lo que en absoluto significa una historia más bella o más edificante que las demás, sino más bien una historia de la que Dios puede 'revelar el secreto'. Ya que Israel recibe de Dios no sólo acontecimientos que le han dado vida, sino también el sentido de esos acontecimientos" (Jacques Guillet, *Un Dieu qui parle*, p. 33 del texto francés). Dios respeta las libertades, los hechos históricos y sus causas segundas, y, a través de ellos, cumple su amoroso designio.

Los profetas nos los descubren. Penetrados por el Espíritu, ven más allá de las apariencias frente a las que se paran sus contemporáneos, penetran lo invisible, desvelan la acción de Dios a través de los acontecimientos económicos, políticos, comunitarios y personales vividos por el pueblo de Israel. Su palabra de hombres es realmente palabra de Dios. Podemos reconocer en ella el carácter de Isafas o de Jeremías, la imaginación calenturienta de Ezequiel, los sinsabores amorosos de Oseas, pero es siempre Dios quien habla a través de ellos: "Oráculo del Señor".

Así, la Palabra de Dios alimenta las esperanzas del pueblo en las pruebas de su historia y dibuja, como en una filigrana, los rasgos del futuro Mesías. Asimismo la Palabra ora con los salmistas e interpreta la vida cotidiana con los Sabios. Canta los gozos del hombre con el Cantar de los Cantares, sus tristezas y sus penas con Qohélet, plantea objeciones y se rebela con Job.

* * *

Finalmente, "después de haber hablado muchas veces y de

muchos modos Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los profetas, en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo" (**Hb** 1,1). La Palabra se encarna en Jesús de Nazaret. En El, la Palabra se manifiesta en plenitud. No sólo inspira a otros sus palabras, sino que habla la lengua de los hombres, traduce ella misma su misterio en palabras de carne. No solamente es humana, se hace hombre. Jesucristo es la Palabra perfecta y única, la Palabra viva del Padre, ya que no habla por Sí mismo: "Y la Palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado" (**Jn** 14,24).

Cristo es el único revelador, el único exegeta de Dios: "A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, El lo ha contado" (literalmente: "ha hecho la exégesis", **Jn** 1,18). Pero, "ya que Jesús no es un hombre, ninguna palabra le abarca por completo. Cada una de ellas dice exactamente, con la autoridad y la seguridad de la mirada divina, la verdad de Dios... Pero, la Palabra misma no puede explicarse en una sola palabra, en una frase, ni siquiera en una serie de discursos". Jesús habla con palabras humanas, con los límites e imperfecciones que esta encarnación, esta kenosis acarrea. Ninguna lengua humana puede expresar en plenitud el misterio de Dios. El hebreo, el arameo, el griego o el latín, así como las lenguas modernas, contienen lagunas de vocabulario, de conjugación o de sintaxis que impiden la traducción perfecta de la realidad divina.

"Jesús necesita de toda su existencia, de su vida y de su muerte para decirnos todo lo que ha venido a decirnos" (*Jacques Guillet, id., pp. 74-75 del texto francés*). No sólo es una palabra que se oye, sino también que se ve. Todos sus actos hablan. Todas sus actitudes, lo mismo que sus silencios, traducen el misterio de Dios. Nos hablan de la mansedumbre del Padre, de su ternura incomparable, de su inagotable misericordia hacia los pecadores, de su amor preferencial por los pobres y pequeños. En Jesús, la Palabra sana cuerpos y espíritus y, por fin, se entrega por entero al hombre y para el hombre, de manera sacramental en el Pan y en el Vino, de manera corporal en la Cruz. Manifiesta en plenitud el extraordinario designio salvífico de Dios hacia el hombre y el cosmos: *recapitular todas las cosas en Cristo (Ef 1)*. Lleva a cumplimiento las profecías

anteriores, iluminándolas desde dentro con una luz retroactiva que da unidad a su aparente diversidad. Revela así los secretos “*escondidos desde siglos y generaciones*” (Col 1,26), cumple el designio amoroso sobre el hombre y, asimismo, revela la personalidad del Dios vivo y la del hombre, hijo de Dios; el rostro de Dios: “*Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre*” (Jn 14,9) y el rostro del hombre: “*He aquí el Hombre*” (Jn 19,5).

Esta Palabra encarnada, destruída y consumada en la Cruz, ha sido resucitada por Dios. Está viva para siempre. Inspira a Pedro el día de Pentecostés, a Pablo que predica en las sinagogas de Asia Menor, en la Acrópolis de Atenas, en los pretorios de Cesarea y de Roma, a todos los Apóstoles que predicán la Buena Nueva hasta los confines de la tierra. Ellos no son la Palabra, son sus servidores, dicen a su manera lo que la Palabra les da a entender.

Todavía hoy, en la Iglesia, Cuerpo de Cristo, los apóstoles y los profetas inspirados por el mismo Espíritu, predicán la misma Palabra de Dios: “*Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha*” (Lc 10,16). Y en ella y por ella, Dios sigue revelando su Palabra en continuidad con la historia de la revelación: “*Desde la resurrección, tiene categoría de palabra, con misión de discernimiento y de interpretación, apreciando la calidad de los mensajes y de aquellos que los transmiten*” (La Foi des Catholiques, p. 275 del texto francés).

Acogida con fe y puesta por escrito a lo largo de los siglos, esta Palabra se convierte en texto. Al leerla y escucharla, el creyente oye hablar a Aquel y de Aquel hacia quien todos los textos convergen. Cree en las Escrituras, así como cree en Dios que ha enviado a su Hijo. ¿Acaso Jesús no consideraba el Antiguo Testamento como la primera forma del testimonio que Dios le daba: “*Vosotros investigáis las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna*” —decía Jesús a los Judíos— “*Ellas son las que dan testimonio de mí... Porque, si creyeráis a Moisés me creeríais a mí, porque él escribió de mí*” (Jn 5,39,46). Más aún, el Nuevo Testamento le rinde testimonio. Al escucharlo, es a El a quien escuchamos.

A lo largo de toda la Escritura, Dios nos habla. Sea cual sea la diversidad de los escritos leídos y proclamados, tradiciones patriarcales, reflexiones sapienciales, poemas apocalípticos, himnos o salmos, pericopas evangélicas, carta de Pedro o de Pablo, la Iglesia nos dice en la Liturgia: "Aclamemos la Palabra de Dios". Y el Concilio Vaticano II insiste: "Cristo está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla" (Sacrosanctum Concilium 7).

Sin embargo, hay que precisar dos cosas:

a) En cierto sentido, "la Escritura no está a la altura de la Palabra: se diferencia de ella como el dibujo de la realidad. La Palabra de Dios desborda sus expresiones escritas. Así, nuestra representación de Cristo nace necesariamente de las Escrituras, pero Cristo no está limitado por el Libro: el mundo entero no bastaría para contener los libros necesarios para expresar a Cristo (cf. *Jn* 21,25)". (La Foi des Catholiques, p. 562 y 563 del texto francés). El cristianismo no es "religión del Libro" como el Islam por ejemplo. "En la religión musulmana, la palabra de Dios se ha hecho Libro; en la cristiana, la Palabra se ha hecho Hombre... El Islam va hacia Dios por medio de un libro, nosotros nos acercamos a Dios por una Persona, la Persona de Cristo" (Jacques Jomier, O.P., en *Cahiers Evangile* n.º 48: *Un chrétien lit le Coran*, p. 59 del texto francés).

b) Todos los libros de la Biblia no presentan la misma perfección de revelación, ni la misma plenitud. La pedagogía divina opera por progresión, desde el Antiguo al Nuevo Testamento. ¡El ideal religioso de los "Jueces" no es el mismo que los Evangelios! ¡El Levítico no es lo mismo que la primera carta de San Juan!

Palabra humilde ¡No atrae mucho esta palabra de Dios!

Exteriormente, no difiere en nada de la palabra humana. Emplea sus expresiones, su vocabulario, su sintaxis, su gramática, sus figuras estilísticas, sus géneros literarios. Es palabra de hombre cien por cien. De no ser así ¿el hombre la hubiera acaso entendido? Se ha puesto a la altura del hombre. Es como toda palabra humana: queja o grito

cuando expresa sufrimiento; proverbios o dichos que parecen proceder de nuestras humildes casas campesinas; áridos códigos de leyes cuya enumeración no despierta nada en la inteligencia y menos en el corazón, aún menos en la imaginación; largos relatos históricos a menudo tristes, repetitivos, a veces llenos de humor, de entusiasmo, en tono de epopeya; oráculos proféticos, unos ricos en transparencia y belleza, otros insignificantes y herméticos. *La Palabra de Dios, que en Jesús se convierte en palabra de hombre, participa de la kenosis del Hijo que se hace carne.* (cf. *Dei Verbum* n.º 13).

Si no se le llama, la Palabra no se acerca. No entra si no se le abre. No se impone. No levanta la voz. Se hace oír de manera alusiva, silenciosa, por medio del Espíritu. Puede quedarse durante años en un cajón o caer en oídos sordos, sin forzar la atención de quien no quiere oírla; es paciente, no produce estallidos. Es dulce y humilde como Dios delante de su criatura, que desconfía cuando se pone en juego su libertad.

“Dios se pone a nuestra altura, como una madre que ayuda a su niño a deletrear las primeras palabras. La Biblia es el libro de la condescendencia amorosa de Dios, sin paternalismo, sin el mínimo desdén (Jacques Loew, p. 111).

Palabra débil y sin defensas, voluntariamente expuesta a todas las deformaciones, los contrasentidos, las malas interpretaciones. Satanás ataca a Jesús con mala saña. ¡En el transcurso de la historia, los hombres no tardarán en imitarle! (cf. *Mt* 4,1-11).

Palabra poderosa y eficaz Y, sin embargo, al ser Palabra de Dios es palabra poderosa. Tan poderosa que crea.

Dijo Dios: “Haya luz”, y hubo luz. Dijo Dios: “Haya un firmamento por en medio de las aguas... Produzca la tierra vegetación... Haya luceros en el firmamento celeste... Bullan las aguas de animales vivientes... Produzca la tierra animales vivientes de cada especie... Y así fue” (*Gen* 1). “Tal como lo he dicho así se cumplirá; como lo he planeado así lo haré” (*Is* 46,11). “Dios habla y todo el universo responde. No sólo responde existiendo, sino realizando progresivamente

lo que se le pide" (Paul Claudel, *Journal*, Tome 2, février 1936, p. 125 del texto francés).

Más poderosa que los carros del Faraón, más que la armada de los Asirios o de los Babilonios. Da la victoria, consume las derrotas, impone límites al mar, hace llover tras años y años de sequía, extiende el rocío como escarcha sobre la tierra, detiene el viento que sopla.

Poderosa hasta multiplicar el aceite, la harina o el pan, hasta cambiar el agua en vino; cura a los enfermos, resucita a los muertos, libera a los poseídos por el demonio, borra los pecados.

¡Poderosa y eficaz! No es como tantas de nuestras palabras humanas que se disipan sin dejar rastro. Cumple lo que dice: "Como descenden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tomará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié" (Js 55,10-11). Esto deja a muchos asombrados: "Quedaron todos pasmados y se decían unos a otros: ¡Qué palabra es ésta! Manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos y salen" (Lc 4,36). Cuando el creyente obedece a sus órdenes: "Pero en tu nombre, echaré las redes" (Lc 5,5), allí donde la capacidad humana declara su impotencia, la Palabra de Dios hace maravillas: "y las redes amenazaban romperse" (Lc 5,6).

Cuando el Hijo del Hombre se aparece a Juan: "una espada aguda de dos filos salía de su boca" (Ap 1,16); su palabra es su arma, su única arma, "viva y eficaz, más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre alma y espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los pensamientos y los sentimientos del corazón" (Hb 4,12). "La imagen de la espada afilada es la misma que la que usa el relato original de la creación que separa para organizar. La palabra se presenta aquí al creyente y al no creyente realizando juicio" (Communio, juillet —août 1986, p. 88 del texto francés). Muchas veces Jesús hablará de esta función judicial de la palabra.

El Padre de La Mennais nos lo dice: *"La Palabra de Dios tiene una virtud sobrenatural por ella misma y sus efectos son maravillosos"* (Sermons III, p. 928 del texto francés). En nuestros días, el Concilio Vaticano II lo reafirma: *"Y es tanta la eficacia que radica en la Palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual"* (Dei Verbum, n.º 21)

Palabra viva hoy ¿Por qué viva hoy? Porque Aquel que la profiere, el Verbo de Dios, vive hoy. Porque Aquel que la inspira, el Espíritu Santo, vive hoy. Uno y otro actúan en el mundo, en nuestros corazones.

En la sinagoga de Nazaret, Jesús lee un pasaje de Isaías: *"Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy"* (Lc 4,21). *"Oh, si escucharais hoy su voz"* dice el Salmo (Sal 95,7), escucharla, como si fuera pronunciada hoy por primera vez, sin detenernos en su condicionamiento histórico, más bien superándolo.

Por medio de Cristo y de su Espíritu *"la palabra permanece operante en nosotros, los creyentes"* (1 Ts 2,13). No solamente actúa. Ella misma es salvación. No es letra muerta como lo son los escritos de Homero, de Platón, de Cervantes, de Shakespeare, de Racine, de Marx, que conservan cierta vitalidad, pero no inspirada por el autor desde dentro. Ciertamente, brillan todavía, pero con la gloria de los astros muertos. La Palabra de Dios es vida, porque es proferida por el Verbo y animada por el Espíritu, tanto hoy, como lo ha sido ayer y como lo será mañana. El Verbo me la imprime en el corazón y el Espíritu hace que penetre su sentido y *"me conduce a la verdad completa"* (Jn 16,13). Y así, súbitamente, aquella palabra un día anodina, hermética u oscura, se reviste de luz. Y alumbró mi corazón como un incendio. Me trastorna, me sacude, me convierte. Renueva en mí su misterio creador y salvador. ¡Está viva, da vida!

Para expresar esta vitalidad, Jesús emplea unas comparaciones muy sugerentes. La Palabra es como una semilla, dice

Jesús, (cf. **Lc** 8,11), un grano pequeñísimo que pide germinar, crecer, dar fruto, el ciento por uno. ¡Y Dios conoce la vitalidad exuberante de las plantas! Como las hiedras se enroscan en las paredes, como las raíces de un árbol levantan el alquitrán más compacto, imás poderosa aún es la palabra de Vida!

Más aún, la Palabra de Dios es como el pan cotidiano, un maná que rehace nuestras fuerzas al cruzar el desierto, un pan de vida (**Jn** 6,34) que alimenta el corazón y la inteligencia. Da vigor al pensamiento, sangre al corazón. ¿Padeces de anemia espiritual? Lee cada día el Evangelio de San Juan, o las cartas de San Pablo, Amós... o... ¡Es tonificante!

Jesús llega a decir: *"El que escucha mi Palabra tiene vida eterna, ha pasado de la muerte a la vida"* (**Jn** 5,24). *"Todos los que la retienen alcanzarán la vida, mas los que la abandonan morirán"* (**Ba** 4,1).

Quizás debemos recordar algunos ejemplos de este dinamismo siempre actual de la Palabra. La historia de la Iglesia los tiene y son incontables.

San Antonio vio su proyecto monástico configurarse al dejarse sacudir por la palabra de Dios oída durante una celebración eucarística: *"Va, vende todo lo que tienes, luego ven y sígueme"*.

San Agustín oyó un día una voz de niño repetirle: "Toma, lee. Toma, lee". "Volví deprisa allí donde había dejado el libro del Apóstol al levantarme. Lo tomé, y, después de abrirlo, leí en silencio el primer capítulo y mis ojos se fijaron en las palabras siguientes: "Nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias; revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias" (**Rm** 13,13). *No fue necesario leer más. Las últimas palabras leídas produjeron en mí un destello de luz, las tinieblas de la duda se disiparon y una seguridad intensa se apoderó de mi corazón"* (*Las Confesiones*, Libro 8, XIII, 29). Agustín es el hombre fulminado por la gracia: *"Tus flechas de amor habían traspasado nuestros corazones y llevábamos tus palabras grabadas en las entrañas"* (*Las Confesiones*, libro 9, 11, 3). (Juan Pablo II, *La Documentación Catholique*, 5 de octubre de 1986, n.º 1925, p. 835 de la edición francesa).

San Francisco de Asís tuvo clara consciencia de su vocación al oír el pasaje sobre la misión de los apóstoles (*Mt* 10,5). "El Evangelio se reviste para él de una luz resplandeciente. De repente Francisco se convierte en discípulo de Cristo. ¿Acaso el Evangelio le es desconocido? Cuántas veces lo ha oído, desde su infancia; pero, y aquí estriba la peculiaridad del Libro, se le puede oír durante años y llega un momento en que súbitamente, emerge de sus páginas una voz silenciosa e insistente a la vez, voz imposible de acallar. A partir de este momento, Francisco es otro hombre. Ni todos los teólogos del mundo podrían describir esta transformación del ser interior, no contemplada por la psicología clásica. Francisco deja lugar a Cristo. Se deja habitar por El. Se rinde a Cristo". (Julien Grenn, *Frère François*, pp. 110-112).

Carlos de Foucauld relata así su experiencia: "*No hay palabra, creo, que haya impactado y transformado mi vida más que la siguiente: 'Todo lo que hagáis a uno de estos pequeños, a mí me lo hacéis' Si pensamos que éstas son las palabras de la Verdad increada, las de la boca que dijo: 'Este es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre' ¡con cuánto vigor nos sentimos estimulados a buscar y amar a Jesús en estos 'pequeños', esos pecadores, esos pobres, empleando todos los medios espirituales para la conversión de las almas, todos los medios materiales para el alivio de las miserias temporales!*"

Palabra para mí Tras la lectura de estos pocos ejemplos, hagamos nuestra la súplica del salmista: "*Dame vida, Señor, por tu Palabra*" (*Sal* 118,17). Todas las palabras de la Escritura son palabras de vida hoy para mí. Es Dios quien me las dirige personalmente en el preciso momento en que las leo o las oigo. No se refieren a una historia del pasado que no me concierne, son mi historia. No sólo me dan una lección de la que puedo más o menos sacar una aplicación para mi vida; sino que me interpelan directamente. Yo soy el paralítico presentado a Jesús y curado por El. Soy yo la hija de Jairo resucitada por Jesús. Yo soy el leproso que se acerca a Cristo, la mujer adúltera que se arroja a sus pies, Nicodemo que le

busca de noche, Zaqueo en cuya casa Jesús quiere entrar. Soy yo el apóstol llamado por Jesús, el doctor de la ley que lo espía, Pedro, quien hoy confiesa su fe y mañana le traiciona. Yo soy cada uno de estos personajes y las palabras que Jesús les dirige, van dirigidas a mí, sus reacciones son las mías; todo esto corresponde a diferentes momentos de mi vida, a tal o cual comportamiento.

Todo el Evangelio es mi tesoro. Las palabras mismas del Padre a Jesús: "*Tú eres mi Hijo amado en quien me complazco*" (Lc 3,22); las palabras de Jesús a su Padre: "*Padre, en tus manos pongo mi espíritu*" (Lc 22,42), "*Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya*" (Lc 23,46), tienen que ser, hacerse mías; muy pobremente, es cierto, a mil leguas de Jesús, pero de manera real, sin riesgo de error o de engaño.

Incluso, todo lo que precede al Evangelio también me concierne: esos largos siglos de espera de la salvación, las reprobaciones de los profetas a un pueblo que se prostituye delante de ídolos y traiciona a su Dios, esas plegarias que brotan del corazón del salmista. Yo soy Jacob, que lucha en contra de Dios desde la noche a la mañana, David que danza delante del arca y llora su pecado, Jeremías apartado del resto por su misión profética, Job que eleva su queja y pide justicia.

También las cartas de Pablo, de Pedro o de Juan, los Hechos, las visiones apocalípticas están escritas para mí.

Cada texto de la Escritura es un don del Espíritu que me hace entender la Palabra del Señor Jesús vivo. Este texto me desvela la presencia de Jesús que habla y la acción de su palabra que me guía y me fortalece, me sana y me consuela, me salva y me da vida. "Es una especie de continuo comienzo de la historia del mundo, de la revelación a beneficio del individuo que yo soy, del miembro del Pueblo de Dios que vive en mí" (Oury, p. 13 del texto francés). Esa Palabra siempre actual, nunca reducida al silencio, y esa interpelación incesante que la Palabra me dirige dan un sentido a mi vida, me hacen vislumbrar la transformación del mundo en marcha hacia su fin.

Palabra de amor Esta Palabra de Dios es una palabra de amor. Por medio de ella, Dios se revela a nosotros que, de otra manera, no podríamos adentrarnos en su intimidad. "Nadie puede ver a Dios sin morir". Y es así que para darse a conocer al hombre que le busca, "el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos" (*Dei Verbum* 21). Le desvela su secreto más querido, del que goza en su eternidad. Esa revelación supera con mucho toda sabiduría humana, rebasa las más bellas intuiciones de los metafísicos: Dios el Uno, Dios el Bien, la Causa Primera, el Motor Inmóvil... San Juan nos dice la última palabra: *Dios es Amor* (1 *Jn* 4,8).

¡Si reflexionásemos un poco!... ¡Es inaudito que Dios nos hable! que nos admita en su intimidad, que nos revele el secreto de su vida, de "sus costumbres", nos dice Santo Tomás, de sus designios sobre el hombre y sobre el mundo. Es de extrañar que no nos extrañemos. Ya que ¿acaso hay amor más grande que entregarse así a alguien? ¿a quién abre el hombre su corazón? ¿a quién confía sus pensamientos, sus proyectos, sus amores? A alguien a quien ama y por quien se siente amado.

Ahora bien, Dios nos revela quién es, cuáles son las relaciones que unen entre ellas a las Tres Personas divinas, su deseo de hacernos participar en su vida, de adoptarnos como hijos. Y nos lo ha revelado paulatinamente, por respeto hacia el hombre incapaz de entender de golpe semejante benevolencia. Ha sido necesario comunicárselo poco a poco. Primero ha hablado Dios por medio de profetas, luego por su propio Hijo, el "testigo fiel" (*Ap* 1,5), su última Palabra que puso su morada entre nosotros: "A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado" (*Jn* 1,18).

Esta lenta revelación del Ser y del Designio de Dios nace de un amor discreto que, con delicadeza, ahuyenta el miedo y seduce, sin forzar la libertad. Lo que no le impide ser terrible como son los amores ultrajados, los amores traicionados. Dios tiene su honor, y su Palabra también. Pero aunque esté llena de amenazas y anatemas, está siempre movida por el amor, el amor de un Padre que espera al hijo pródigo, el amor de un

esposo dispuesto a perdonar a su amada: *"La línea de fondo de la Biblia, a lo largo del Antiguo y Nuevo Testamento es el amor. El amor que ha suscitado a los profetas y crucificado a Dios. En la cólera de Dios, hay siempre amor, amor celoso, amor que quiere levantar al pueblo amado a la altura de quien le ama"* (Julien Green, *Journal*, 14 abril 1926).

"Cerca está tu palabra, cerca está tu amor", recita el salmo de la "Liturgia de las Horas" (Lunes 2, Laudes). Israel no puede creer que Dios le habla. Se asombra y se admira: *"El revela a Jacob su palabra, sus preceptos y sus juicios a Israel: no hizo tal con ninguna nación, ni una sola sus juicios conoció"* (**Sal** 147,19-20). Los primeros cristianos se maravillan también: *"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos ha dado a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza"* (**Ef** 1,9-10).

Y entonces, ¿la palabra que oigo cada mañana durante la Misa, esas dos lecturas escogidas por la Iglesia para hacer memoria de la historia de salvación?; ¿la palabra que todos los días oigo durante Laudes y Vísperas?; ¿la palabra semanal de la lectura espiritual?; ¿la palabra que un hermano me dirige en un momento u otro de mi vida? Es la voz del Amado que llama. Puede ser dura y exigente, puede amonestarme y corregirme, puede sanarme y resucitarme. Es siempre palabra de amor.

A veces nos alegramos mucho de haber encontrado a un personaje célebre, aunque sólo fuera por breves momentos. Años más tarde, todavía le recordamos y nos gusta hacerlo. Hacemos todo lo posible para no faltar a aquella conferencia, a aquella transmisión de TV, a aquel debate político que suponemos apasionante. Ahora bien, Dios nos espera para estar con nosotros. Y nosotros faltamos a la cita. Cada día nos habla en la sencillez de una palabra dicha a nuestro lado. Para escucharle, bastaría abrir el oído. Pero ¡qué lástima! tenemos tiempo para todo lo demás: la televisión, la radio, las conversaciones de pasillo y a veces nada de tiempo o sólo algunos momentos para escuchar la Palabra de Dios, la Palabra de Verdad, la Palabra de Vida.

Imaginémonos que Dios no nos hubiera dicho nada. Sólo conoceríamos su existencia y algunos de sus atributos descubiertos, con dificultad, a través de sus obras. Nuestra vida no tendría sentido. Caminaríamos hacia la muerte, ignorando un más allá de felicidad. ¡El silencio de Dios! A veces nos pesa cuando tenemos la impresión que no presta oído a nuestras plegarias, nos sentimos abandonados y casi le echamos en cara que no nos responda.

Los personajes bíblicos temblaban de miedo cuando Dios se entrometía en sus vidas de manera insólita; se asombraban y temblaban. “*Quita las sandalias de tus pies*” —dice Dios a Moisés— “*porque el lugar en que estás es tierra sagrada*” (Ex. 3,5). “*¡Así pues, este lugar es santo y yo no lo sabía!*” exclama Jacob al despertarse de su sueño (Gn 28,16). María se turbó por las palabras del Ángel y discurría qué significaría aquel saludo (Lc 1,29). Pedro, los Doce, llenos de estupor, asistían a las manifestaciones de Dios y de su Hijo en sus vidas (cf. Mc 4, 41; 6,51; 9,6...). Nosotros hemos perdido el sentido de lo sagrado. Por esto la Liturgia de la Palabra se reviste de especial solemnidad en la Iglesia: procesión con el Libro, incensación que precede a la lectura del Evangelio, aclamación después. Ese temor religioso rebosa de amor y respeto. ¡Ojalá podamos redescubrir su sentido!

La Palabra de Dios es una llamada, una invitación, un nombre pronunciado, el mío, único con el que Dios me crea. ¡Palabra de amor que me da vida! ¡Dios que me llama a la existencia! ¡Ojalá le dejemos pronunciar nuestro nombre y nos acogamos a El!

II. La acogida de la palabra

A pesar de su poder, a pesar de su maravillosa eficacia, a pesar de su apremiante llamamiento de amor, la Palabra de Dios sufre graves reveses por parte de los hombres. Choca, de hecho, con su libertad que puede siempre rechazarla o recibirla con parquedad y recelo. Si el hombre no abre la puerta de su corazón, Dios se queda fuera, llamando de vez en cuando para recordar su Presencia, antes de retirarse "de puntillas".

El hombre puede hacerse el sordo frente a Dios. El hombre o la comunidad, la Provincia, la Congregación, ya que hay sorderas colectivas e individuales. ¡Cuántas veces Jesús ha querido que Jerusalén oyera *"el mensaje de paz! Pero, desgraciadamente, quedó oculto a sus ojos... porque no ha conocido el tiempo de su visita"* (Lc 19,41-44). Y Jesús lloró al acercarse y ver la ciudad.

La Palabra de Dios no actúa automáticamente en el hombre. Requiere ciertas disposiciones internas. Es preciso acogerla. El término es sugerente y lleno de sentido. Es mucho más que recibir, que expresa una actitud pasiva. Acoger expresa una connotación activa, sugiere una cierta solicitud, un movimiento hacia la persona o la cosa acogida. Se tiende hacia ella como la mano se acerca al ramillete que se le ofrece; se acoge como una joven pareja acoge al primer hijo. Acoger la Palabra tendría que ser lo mismo que acoger a un amigo que nos visita: se le hace fiesta, se busca tiempo para estar con él.

Esta acogida de la palabra se explicita en tres actitudes que expresa el Deuteronomio en una fórmula lapidaria: *"Israel, escucha, guarda y practica lo que te hará feliz y por lo que te multiplicarás"* (Dt 6,3). Meditemos esos tres verbos, uno por uno.

Escuchar la palabra A lo largo de toda la Biblia, resuena la llamada de Yahveh a su pueblo: "Escucha, Israel". Empieza con Moisés (Dt 4,1; 5,1; 6...), se repite sin cesar por boca de los profetas: "¡Tierra, tierra, tierra, oye la Palabra de Yahveh!" exhorta Jeremías. Y los Salmos reinciden en lo mismo: "Escucha, pueblo mío, yo te conjuro, ¡ah, Israel, si quisieras escucharme! Pero mi pueblo no escuchó mi voz" (Sal 80,9).

Jesús lanza el mismo llamamiento. "Escuchad", dice al comienzo de su enseñanza en parábolas (Mc 4,3). El autor del Apocalipsis pide a las Iglesias escuchar la palabra del Señor y al Espíritu que la inspira. Con este llamamiento concluye cada una de sus cartas (Ap 2,7,11,17,29; 3,6,13,22). Aún hoy, los hebreos inician su oración, mañana y noche, con esas palabras: "Sehna, Israel", "Escucha, Israel" (Dt 6,4).

Escuchar (del latín 'auscultare') significa prestar atención para entender, prestar oído. Y no sólo entender, sino *aplicarse para entender*, lo que implica un esfuerzo, una tensión del ser hacia alguien, un descentramiento, una salida de sí para ir al encuentro del que habla, para descubrir el más nimio matiz de su propósito, como el doctor que ausculta a un enfermo para detectar el mínimo soplo susceptible de indicarle el estado de su paciente.

Hoy, cuando la civilización escrita ha reemplazado a la civilización oral, leemos más de lo que escuchamos. Sería bueno prestar atención a la palabra, darle un timbre, un tono, devolverle su fuerza, sentirla llena de cólera o de dulzura, de tristeza o de esperanza. Haría falta darle cuerpo, por decirlo así, peso y volumen. La palabra escrita pierde su aliento, su energía, su fuerza arrastradora. La voz le devuelve todo ello, así como una obra oída en un teatro no es lo mismo que leída en una habitación.

La Palabra de Dios está hecha para ser oída, con esa fuerza de interpelación que tenía con los profetas, esa vehemencia o esa dulzura, esa emoción que la hacía vibrar y que se adivina aún en la Escritura, sobre todo en Jesús.

Jesús no escribió nada, habló. Leyendo el Evangelio, oímos su voz, la que sometía a las muchedumbres, pero que sabía

también provocar, amenazar, sacudir, como la voz de Dios en el Antiguo Testamento, irresistible y soberana. Hagamos este esfuerzo de dar voz a la Escritura, de hacer de una palabra escrita una palabra oída, de una palabra muerta una palabra viva. Y, cuando nos invitan a proclamar la Palabra de Dios, durante el Oficio o en la Misa, esforcémonos por hacerlo bien.

De hecho, no se trata sólo de escuchar lo que se dice, sino más bien de escuchar a aquel que habla. La Palabra de Dios no sólo enseña, nos llama a la comunión. No sólo nos hace conocer a Dios, nos hace entrar en su conocimiento. No sólo mueve nuestra inteligencia, sino también nuestra voluntad, no sólo tiene un contenido, implica una adhesión. No sólo reclama fe en una verdad, sino en una Persona. Jesús, el mensajero, es parte del mensaje.

Ciertamente, oyendo hablar a alguien, nos podemos contentar con entender sus propósitos, sin adherirnos a él. Es lo que a menudo ocurre en la vida cotidiana. Alguien habla, y nosotros intentamos sencillamente entender lo que dice. La inteligencia goza, aprecia la forma, juzga el fondo, compara, critica, contesta.

Esto no basta con la Palabra de Dios, se trata de mucho más. Se trata de una adhesión amorosa, que lleva a un conocimiento del corazón, no sólo de la palabra, sino de la Persona que habla, el Verbo de Dios. Es algo así como el niño en la cuna quien, sin entender, reconoce el tono de voz de su padre y le manifiesta su cariño con gritos de alegría, manos que se agitan, sonrisas y ternuras. Es un misterio de amor el que se vive con la Palabra de Dios, una verdadera comunión, una adhesión del corazón, no solamente de la razón: esponsales místicos. A tal punto que la Palabra nos agarra más de lo que nosotros la agarramos, nos abarca más de lo que nosotros la abarcamos, nos absorbe más de lo que nosotros la absorbemos.

Por esto, la Palabra de Dios se escucha a la sombra del Espíritu *"en el gozo del Espíritu"* (1 Tm 1,6) que es Amor. Lo mismo que el Padre sólo emite su Verbo en el soplo del Amor, lo mismo nuestro corazón sólo percibe la Palabra en el soplo del Amor. Sin El, se queda incomprensible y sin sabor, sin gozo, sin vida. Puede que sea luz para la inteligencia razonadora, no para la inteligencia espiritual, y, sin embargo, está hecha

para ésta. Ahora bien, sólo Dios puede abrir el oído de su discípulo (cf *Is* 5,5); El sólo concede el don del Espíritu “*quien sondea hasta las profundidades de Dios*” (1 *Co* 2,10) y lo revela.

La lectura o la escucha de la Palabra de Dios suponen por lo tanto la epiclesis, es decir la invocación al Espíritu Santo. Debemos “*desplegar las velas al Espíritu*”, según la bella expresión de San Jerónimo, ya que sólo el Espíritu permite descubrir el sentido de las palabras que inspira. Cristo las pronuncia, pero “*se diría que Jesús abandona sus palabras y sus obras al Espíritu y éste hace la exégesis*” (Urs Von Balthazar, *Nouveaux Points de Repère*, p. 139 del texto francés).

No podemos leer o escuchar la Palabra de Dios como leemos, o escuchamos a los autores profanos. La inteligencia no basta, aunque sea brillante. Necesitamos un oído de discípulo. Necesitamos de la gracia de Dios, esa presencia discreta del Espíritu en nosotros. La Palabra de Dios se oye a los pies de Jesús, como María en Betania (*Lc* 10,39) o la cabeza reclinada sobre su pecho, como Juan durante la Última Cena (*Jn* 13, 25). Sigamos, pues, el consejo del Padre de La Mennais: “*Abra- mos los oídos de nuestro corazón para que esa palabra de verdad penetre en nosotros y se convierta en alimento para nuestra alma*” (*Sermons* III, p. 927 del texto francés).

Los Evangelios nos hablan a menudo de la solicitud y hasta de avidez con las que las muchedumbres escuchaban a Jesús. En Nazaret, donde explicaba un pasaje de Isaías “*en la sinago- ga todos los ojos estaban fijos en él*” (*Lc* 4,20,22). “*En el altozano*” —donde se detuvo a proclamar las Bienaventuran- zas— “*había una gran multitud de discípulos suyos y gran muchedumbre del pueblo, de toda Judea, de Jerusalén y de la región de Tiro y Sidón que habían venido para oírle*” (*Lc* 6,17). En el ocaso de su vida, “*desde la aurora*” (*Lc* 21,38), “*enseñaba todos los días en el Templo..., todo el pueblo le oía pendiente de sus labios*” (*Lc* 19,47-48). Pero el drama es que, a pesar de escuchar su palabra, los Judíos no se adhieren a su Persona. La contestan, la critican. Creen, quizás, en lo que Jesús dice, pero no creen en El, desconfían, Jesús les desconcierta, no entra en sus cánones, y, pronto, todos le abandonan.

Sin embargo, Jesús les había puesto en guardia, desde el

comienzo de su enseñanza en parábolas: "Mirad, pues, cómo escucháis" (Lc 8,18). Se trata de escuchar con el corazón. Un corazón humilde, un corazón de pobre, libre de ideas preconcebidas, un corazón que se deja instruir: *el Padre oculta su misterio a los sabios y lo revela a los pequeños*" (Mt 11,15). Un corazón silencioso, no un corazón bullicioso, encrucijada de voces, porque es imposible oír a nadie en una estación y mucho menos en un mercado. Más bien estamos distraídos por el vaivén y aturdidos por los ruidos. Es preciso hacer silencio para poder escuchar. "El Padre celestial ha pronunciado sólo una Palabra: su Hijo. La repite eternamente y en un eterno silencio. Sólo se deja oír en el silencio del alma" (San Juan de la Cruz, Máximas, núm. 307). Es preciso recogernos para prestar atención a la palabra de amor que se nos dice: "no solamente acoge, sino recógete" (Jean Guittou, *L'Absurde et le Mystère*, p. 24 del texto francés).

Al principio esto nos exige un esfuerzo sobre nosotros mismos. Pero pronto, la palabra crea su propio espacio interior, el medio vital donde se realiza. Hace silencio a su alrededor: el silencio de los sueños y de la imaginación, el silencio de la inteligencia y del corazón. Nacida del silencio, engendra el silencio, y paulatinamente elimina lo que disipa; apacigua los resentimientos, los rencores, los celos, las pasiones, disciplina la imaginación, sosiega las inquietudes y la paz se apodera del ser.

Así este silencio habla con voz fuerte: clama a Dios mi vacío frente a su plenitud que se revela y clama en mí la necesidad de someterme radicalmente a su Palabra. La Palabra resuena libremente en mi vacío, sin obstáculos que se lo impidan, lo puebla y lo reviste de densidad. Y así puede realmente ser oída.

A menudo, sin embargo, nos dejamos llevar por nuestras preocupaciones, nuestros interrogantes: a veces nos dejamos llevar por aventuras sentimentales. Cerramos nuestro corazón a Dios. O bien murmuramos como los Judíos: "Este lenguaje es duro. ¿Quién puede escucharlo?" (Jn 6,60). Cada mañana en los Laudes, oímos la invitación amorosa de Dios: "¡Oh, si escucharais hoy su voz!" (Sal 95,7). Muy a menudo, nos hacemos los sordos. Tendríamos que repetir la oración de Salomón

ocupado con los asuntos de su reino y las intrigas de la corte, Salomón que pide a Dios, al comienzo de su reino, la gracia de un "corazón que sepa escuchar" (1 R, 3,10). Tendríamos que imitar a Lidia quien "escuchaba muy atenta, ya que el Señor le había abierto el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo". (Hch 16,13-14).

Guardar la palabra Pero no es suficiente escuchar la Palabra. Es preciso guardarla en nuestro corazón. La Escritura expresa esta idea de múltiples maneras.

El ángel Gabriel, enviado por Dios "para ilustrar a Daniel en su inteligencia" le pide con insistencia "comprender la palabra" para "entender la visión". (Dn 9,22-23).

Ezequiel se da prisa en conocer el libro de la palabra que se le presenta, quiere alimentarse de ello y saciarse (Ez 2). Jesús, citando el Deuteronomio, recoge la misma imagen y compara la palabra a un pan: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4,4). En esta misma línea, muchos autores hablan de comer la palabra. Jesús mismo, en la sinagoga de Cafarnaúm, pasa progresivamente de la Palabra, pan de Vida, al Cuerpo, Pan entregado por nosotros. ¿Acaso no es lo mismo alimentarse de la Palabra y alimentarse de Cristo, alimentarse de la enseñanza y de aquel que la enseña? Entramos así en comunión total con Dios.

La carta a los Hebreos nos insta a "saborear la buena palabra de Dios" (Hb 6,5). Es preciso gustarla, repetírsela lentamente, sin cansarse a lo largo del día, rumiarla para asimilarla y sacarle todo el jugo. Prolongamos así la escucha. La asimilamos mejor. Nuestro corazón se dispone en presencia del Verbo. Y la palabra echa su semilla y su raíz.

La palabra debe encontrar en nosotros su morada. Más bien somos nosotros quienes debemos "permanecer en ella" dice Jesús (Jn 8,21), habitarla por decirlo así, hacer de ella nuestro hogar, nuestro contexto vital.

Y las imágenes pueden ser variadas: guardar, penetrar, saborear, rumiar, comer, asimilar, permanecer. La exigencia es siempre la misma: es preciso mantener un contacto seguido

con la palabra, es preciso darle tiempo para que produzca efecto.

Es cierto que a veces da fruto inmediato: una palabra oída durante la oración de la mañana o la adoración de la tarde, recogida de una lectura, escuchada de una persona, confirma nuestra fe, estimula nuestra generosidad, ilumina nuestra inteligencia en búsqueda. Nos tonifica y necesitamos cada día ser alentados, animados, a veces corregidos. Un versículo del salmo, una frase del Evangelio, que muchas veces hemos leído u oído intelectualmente y desde fuera de nosotros mismos, de repente adquiere contenido desde dentro. Sabemos que no podremos olvidarlo jamás, ni olvidar la sacudida interior que nos ha causado.

Pero, este efecto inmediato requiere ser profundizado para que no sea superficial o pasajero. "La palabra nos ha alcanzado en profundidad. Como una luz fulgurante o como una luz apenas atisbada. Poco importa. Lo que es cierto es que Dios está allí. Y lo que es importante es dejar que esa palabra penetre en nosotros, resuene en lo más profundo de nuestro corazón, se despliegue, sin muchas otras palabras e ideas. Debemos dejarnos impregnar por esa palabra del Señor, en una acogida silenciosa, durante un tiempo largo. Luego, podemos empezar a rumiarla lentamente, parándonos en la sencillez de las palabras de Dios quien se nos entrega por medio de esa palabra, de ese versículo o esa frase sencilla que tiene para nosotros sabor a Dios. Tomemos tiempo para comer y asimilar ese alimento que Dios nos da" (Jacques Lemaître, *Tychique*, n.º 21, pp. 54-55 del texto francés).

De hecho, a menudo la Palabra de Dios no se entiende inmediatamente. Queda como algo misterioso, oscuro, hermético, o bien, sólo se entiende a medias. Es un alimento demasiado sustancioso para asimilarlo rápidamente. Es preciso rumiarlo varias veces. La palabra sólo revela su misterio a un corazón humilde que acepta dejarse desconcertar por ella. Sólo desvela sus riquezas al corazón paciente, aquel que la mece en su regazo, como una madre hace con su niño.

Hay varios ejemplos en la Escritura de una palabra mal interpretada por los interlocutores: Nicodemo, doctor de Israel, la Samaritana, los apóstoles (**Mt** 16,5-12). O bien, una palabra

incomprendida, sobre todo cuando Jesús anuncia su Pasión, su muerte y su resurrección: *"Ellos nada de esto comprendieron, estas palabras les quedaban ocultas y no entendían lo que decía"* (Lc 18,34).

En la purificación del Templo, San Juan nos dice que hay una palabra de la Escritura que vuelve a la memoria de los discípulos: *"El celo por tu Casa me devora"* (Jn 2,17). Y aquel día entendieron el sentido misterioso del versículo del Salmo (69,10), sentido que les había quedado oculto hasta entonces. Y sin embargo, la palabra de Jesús: *"Destruid este santuario y en tres días lo levantaré"* les resultó enigmática. Pero *"cuando Jesús resucitó de entre los muertos se acordaron sus discípulos de que había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús"* (Jn 2,22). Los discípulos de Emaús conocen la Escritura pero la interpretan mal. Jesús los encuentra insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas" (Lc 24,25). Jesús la explica, su corazón se abre y entienden de otra manera las mismas Escrituras y los mismos acontecimientos. El saber, dogmático o escriturístico, no basta para entender la palabra, necesitamos la inteligencia del corazón, un corazón de discípulo.

Sólo el Espíritu de Dios *"el Espíritu de Verdad"* (Jn 16,16) *"después de recordar todo lo que Jesús ha dicho"* (Jn 14,26) capacita para la comprensión y revela el sentido exacto o los aspectos nuevos de la palabra. El sólo *"nos conduce a la verdad toda entera"* (Jn 16,13).

Y, cuando nos envuelven las horas sombrías de la tentación, las horas de la duda y del desaliento, las horas del desierto y del Getsemaní, las palabras asimiladas anteriormente emergen de la memoria del corazón y ahuyentan al Enemigo: *"No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"*. *"Aléjate de mí Satanás porque está escrito: 'No tentarás al Señor tu Dios'"*. *"Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya"*.

La Virgen María es el ejemplo típico de esta lenta iluminación interior que realiza la palabra escuchada y conservada en el Espíritu. Ha entrado paulatinamente en el misterio de Jesús y en el suyo propio. No se le dio de una vez para siempre, sino por revelaciones sucesivas, a lo largo de su vida. Recibió la

palabra de Dios por medio del ángel Gabriel, de Isabel, de Simeón, de los pastores en el pesebre, del mismo Jesús en el Templo, en Caná y en el Calvario. La comprendió con dificultad, lentamente. *"María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón"* (Lc 2,19; 2,51). Y poco a poco, entendió con el corazón lo que no había entendido con la inteligencia. Jesús mismo le alabará por haber actuado así, y la llamará dichosa no por haberle alumbrado y alimentado con su leche, sino por haber escuchado la palabra de Dios y haberla conservado (Lc 11,28).

La historia de la Iglesia conoce otros ejemplos parecidos. San Francisco Javier acabará él también por entender la palabra que le repite San Ignacio sin cesar: *"¿De qué le sirve al hombre ganar el universo si pierde su alma?"* Santa Teresa del Niño Jesús, deslumbrada por una palabra oída y leída varias veces, le convertirá en el eje de su vida espiritual: *"Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos"*. La beata Isabel de la Trinidad sacará de San Pablo, leído y releído en el silencio de su celda, especialmente el primer capítulo de la carta a los Efesios, lo esencial de su espiritualidad.

"Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy... las meditarás si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado" (Dt 6,6-7). "No se trata de una meditación de tipo intelectual; es nuestro corazón que vuelve sin cesar a una palabra que su Señor le ha dado, dos o tres palabras de las que se alimenta a lo largo de los días y que acaban por convertirse en un canto de amor" (J. Lemaître).

Esa labor de reflexión en la oración es "como desmenuzar los dichos y hechos de Dios, como si fuera necesario romper la cáscara, masticar el fruto, antes de poderlo saborear y de convertirlo en nuestro alimento" (*La Foi des Catholiques*, p. 468). Gracias a este desmenuzamiento espiritual, hecho con serenidad, sin prisas ni tensiones, la memoria se llena de la Escritura y se purifica de pensamientos extraños. La palabra de Dios la invade cada vez más y elimina los recuerdos desagradables, convierte las negatividades, disuelve las reticencias, disipa las dudas. Transidos por la palabra "ésta se nos convierte en algo tan familiar que la poseemos en lo más profundo de nosotros mismos, habita nuestra memoria y aflora en ella de

forma continua (Bianchi, p. 60). Y se produce en nosotros un estallido de luz. Los textos cobran sentido y se iluminan mutuamente: la palabra de Dios se interpreta por la palabra de Dios, según el método preconizado por los Padres de la Iglesia.

Todos tenemos nuestro florilegio de palabras sagradas que nos gusta repetir en los momentos de desaliento, en la oración, en nuestros momentos libres, para despertar nuestra fe, afirmar nuestra fuerza, estimular nuestro celo, revivir en la acción de gracias aquel momento de luz al que Dios nos ha invitado por su palabra: *"Yo soy el Señor. Anda en mi presencia y sé perfecto"*. *"No temas. Estoy contigo"*. *"He venido a arrojar fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!"*. *"Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso"*. *"Este es mi Hijo amado en quien me complazco"*. *"Si alguno me ama, guardará mi Palabra y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada en él..."*

No necesitamos de muchas palabras. Una basta para convertirnos plenamente. Una basta para alimentar nuestra plegaria durante meses y semanas. Una basta para poblar nuestra jornada y nuestra vida entera.

Es magnífico podernos acunar así, al ritmo del Evangelio, dejándonos impregnar por su espíritu, ser como una esponja que retiene el Agua viva. Tenemos así un medio eficaz y práctico para vivir recogidos. Nuestra vida está siempre llena de cosas, a menudo agitada como un torbellino, las actividades nos desbordan. La palabra, oída por la mañana durante los Laudes, durante una Misa o en el silencio de la oración, recogida en un corazón abierto, es como la luz intermitente de un faro que marca el camino y nos sirve de señal. Vuelve a nuestro espíritu, nos penetra poco a poco, lentamente sí, pero a lo largo de los días y de los meses, la palabra evangeliza nuestra memoria y, con ella, nuestro ser entero. No sólo la leemos y la escuchamos, sino también la asimilamos, nos alimentamos de ella y alcanzamos altura espiritual.

Practicar la palabra Sin embargo, si escuchar la palabra no basta, tampoco basta guardarla en el corazón: *"la palabra está en tu boca y en tu corazón para que la*

pongas en práctica" (Dt 30,14). Santiago nos lo recuerda: "Poned por obra la palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la palabra sin ponerla por obra, ése se parece a quien contempla su imagen en un espejo: se contempla pero, al marchar, se olvida de cómo es. En cambio el que considera atentamente la Ley perfecta de la libertad y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo, sino como cumplidor de ella, ése practicándola será feliz" (St 1,18-25). La palabra tiene que pasar de los labios y del corazón, a las obras, a la vida. Debe convertir nuestros comportamientos y orientar nuestras actividades, en función de sus exigencias. Debemos observar lo que nos dice, obedecerla.

Obedecer (del latín "oboedire", "ob-audire"), significa dirigir el oído (audio) hacia (ob). El hombre está delante de Dios y orienta el oído hacia El para someterse a lo que El dice.

Vemos que escuchar y obedecer tienen la misma raíz. Escuchar y obedecer nacen del mismo movimiento, no se da el uno sin el otro. La obediencia realiza la escucha que, sin ella, falla. El oyente de la palabra debe convertirse en aquel que la realiza (cf Mt 7,24). Obedecer significa, por lo tanto, asentir someterse a la voluntad del otro y cumplirla. Y, por fin, obedecer es crear, es dar consentimiento de fe, es ir hasta el fin, es, para el cristiano, responder día tras día a la llamada siempre actual de Cristo: "Ven y sígueme".

Obedecer es por lo tanto un acto completo que compromete todo nuestro ser. No se trata de una obediencia mecánica, obedecer por obedecer, cumplir sin más lo que se nos manda. ¿De qué le sirve a Dios "que nos arrodillemos como esclavos delante de El?" (Péguy). Se trata más bien de una obediencia reflexionada, consentida, llena de confianza y de amor hacia la persona que ordena. El movimiento del corazón, que se origina en la adhesión amorosa hacia la Palabra de Dios, culmina en el abandono total a su voluntad. Esta es "la obediencia de la fe" de la que habla San Pablo (Rom 1,5). Es ella la que testimonia la sinceridad de nuestro compromiso hacia Dios. La escucha y la asimilación de la palabra son inútiles si no desembocan en una vida de fe conforme a la palabra oída.

A veces nos sometemos al instante a la palabra de Dios.

Nos insta hacia actos concretos, inmediatos de mansedumbre, de paciencia, de perdón. Nos muestra nuestro pecado y nos recuerda al mismo tiempo que *"Dios es mayor que nuestra conciencia"* (1 Jn 3,20). Nos empuja a emprender aquella ruta que hasta entonces nos repugnaba. Suscita en nosotros aquella oración jaculatoria que nos identifica con los enfermos que se acercan a Jesús.

Pero, más a menudo, opera en nosotros una lenta labor de conversión casi imperceptible. Transforma lentamente nuestros juicios, nuestras estructuras mentales y espirituales. Cambia nuestras actitudes interiores: nuestro orgullo cede poco a poco a la humildad, nuestra dureza de corazón se convierte en mansedumbre, nuestra pereza en amor hacia el trabajo, nuestras impaciencias se calman, nuestras ideas hechas e inflexibles quedan cuestionadas. Paulatinamente, el ser entero se evangeliza. No sólo cambian nuestros actos, cambia su fuente.

Por fin, la palabra de Dios, que nos revela lo que somos y lo que debemos llegar a ser, nos revela también cómo conseguirlo. Nos indica la Puerta estrecha que nos lleva al Reino. Si tomamos el camino de las Bienaventuranzas, encontramos nuestra identidad profunda. De hecho, la palabra *"lleva en ella misma la gracia que permite ponerla en práctica... se reviste de la fuerza de Dios, porque en Dios pensamiento y acción se confunden"* (Dom Oury, p. 20).

* * *

Acoger la Palabra atañe, por lo tanto, a todo nuestro ser: escuchar pone en juego nuestra inteligencia y la virtud de la fe. Conservar, pone en juego la memoria, y la virtud de la esperanza, sobre todo. Obedecer pone en juego la voluntad y, sobre todo, la virtud de la caridad. Acoger la Palabra es un acto teológico máximo. Toda palabra bíblica es lugar de encuentro entre Dios y nosotros. El Señor nos espera para entregarse a nosotros.

Y de tal manera que si nosotros la dejamos caer en nuestro corazón, si la escuchamos sin mezclarla con nuestras ideas personales, si la conservamos y nos dejamos invadir por ella, si la obedecemos, si le brindamos un beso de amor y nos

dejamos prender por ella, la palabra nos hará penetrar en el misterio de Dios a unas profundidades insospechadas. El Espíritu Santo nos permitirá llegar al corazón de la Realidad indecible que expresa con toda verdad, sin limitarla, ni encerrarla. A pesar de que la hayamos leído o escuchado cien veces, el Espíritu nos hará descubrir unos aspectos nuevos de la palabra y nos quedaremos asombrados. Nuevas riquezas brotarán del antiguo tesoro. Lejos de encerrar el Misterio de Dios, una palabra lo abre hacia el infinito, pues Dios está presente en plenitud en la palabra que entrega. Pero al estar más allá de las palabras, sólo el Espíritu puede romper sus límites y *“conducimos hasta la Verdad completa”* que las palabras expresan.

Cada cual será juzgado según su actitud frente a la Palabra (Mc 8,38), actitud compleja, hecha de fe, de amor, de confianza, de docilidad. Todos la oyen, pero sólo los que la acogen (Mc 4,33) darán fruto. Según la postura tomada con respecto a la Palabra —y por lo tanto respecto a Jesús, Palabra encarnada— el hombre se ve introducido en la vida misma de Dios o arrojado a las tinieblas. *“El que me rechaza y no recibe mis palabras ya tiene quien lo juzgue: ésa le juzgará el último día”* (Jn 12,48).

La Palabra es peligrosa: interpela, sacude, provoca, obliga a tomar postura.

La Palabra es peligrosa para las comunidades, para las naciones. Los países totalitarios consideran la Biblia como libro subversivo. Guardar un ejemplar de la Biblia es un acto reaccionario, un atentado contra el régimen, que puede acarrear varios años de cárcel.

La palabra es peligrosa para los individuos: cuestiona, impone la conversión, los comportamientos que cuestan, y por ello muchos la rechazan.

“La Palabra era la luz verdadera... en el mundo estaba y el mundo no la conoció. Vino a su casa y los suyos no la recibieron...” (Jn 1,9-11).

Israel mató a los profetas y, a lo largo de muchos siglos, la Palabra guardó silencio. *“Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros”* (Jn 1,14). De nuevo el mundo creyó acallarla: Belén, Nazaret, Jerusalén, tres nombres sinónimos de

rechazo. Pero el Espíritu la sopló de nuevo sobre el mundo y abrasó al universo.

Hoy, su historia empieza de nuevo, siempre la misma, interminable. La Palabra se predica en todo el mundo y el mundo no quiere oírla. Presta su oído a todas las voces, pero no a la Palabra.

En lo que nos toca, Hermanos, dejemos que la palabra ahonde en nosotros. El Espíritu actúa. Nos trabaja, a pesar de que no sentimos nada, nos trabaja a su manera, soberanamente delicada y suave. Nos conoce mejor que nosotros mismos: no debemos tener miedo, no nos destruirá. Nos curará, nos sanará, nos construirá. Permanezcamos humildemente bajo la mirada de Dios. Quedémonos allí como un pobre que espera la historia de amor de su Señor. Callémonos. Estemos en silencio, recogidos, a la espera. Entremos en la actitud de María para pronunciar con ella nuestro "fiat". Y dejemos germinar en nosotros la Palabra, dejémosla crecer y dar su fruto. Entregándonos a ella, nos abandonamos al Señor: acogiéndola, a El acogemos; rechazándola, a El rechazamos. *"Aquel que une su corazón a la palabra del Señor, se une a El"*. Y, si se diera el caso, aceptemos revivir en nosotros el misterio de la Palabra encarnada: el rechazo de un mundo que no quiere a Cristo.

Y así la Palabra se hará tan nuestra que habitará en nosotros como una segunda naturaleza. Cumplirá su obra en nosotros, nos convertirá. Formaremos con ella una sola cosa. Permanecerá en nosotros y nosotros en ella. La hemos hecho nuestra y seremos suyos. La hemos asimilado y nos colmará. Se convertirá en carne de nuestra carne y nos convertiremos en palabras vivas de Jesucristo, imágenes del Verbo. Escribiremos el Evangelio del siglo veinte.

Cumplirá su labor en nosotros: activa en Dios, se hará activa en nosotros y por medio de nosotros. El gozo del Padre, del Hijo y del Espíritu será palabra que hemos escuchado, conservado y puesto en práctica, será transmitida a nuestros Hermanos, a nuestros alumnos, al mundo entero.

III. La proclamación de la palabra

Todos conocemos el precioso pasaje del libro de Ezequiel que relata la vocación del profeta: "*Hijo de hombre, ... abre la boca y come lo que te voy a dar. Yo miré, una mano estaba tendida hacia mí, y tenía dentro un libro cerrado. Lo abrió ante mi vista... Y me dijo: 'Hijo de hombre, come lo que se te ofrece; come este libro y ve luego a hablar a la casa de Israel... Aliméntate y sáciate de este libro que yo te doy'. Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel. Entonces me dijo: 'Hijo de hombre, ve a la casa de Israel y háblales con mis palabras'*" (Ez 2,8).

La de Ezequiel es la vocación típica del cristiano. La palabra que empieza y culmina su ciclo de crecimiento en el hombre que la acoge y desea por medio de él, iniciar y cumplir otro ciclo. Todo hombre bautizado, todo religioso goza de la misión profética de anunciar la palabra de Dios. Ha nacido de la palabra, ha crecido en ella y por ella, tiene que convertirse en su mensajero.

Al convertirnos en profetas de la palabra, nos plantearemos las preguntas siguientes: **¿Qué palabra proclamar? ¿Cómo? ¿Dónde y cuándo?**

A) **Qué palabra proclamar**

En la Escritura, el profeta es el portavoz de Dios. No proclama su propia palabra, fruto de su reflexión y de su experiencia, sino una palabra que sabe que ha recibido de Dios. Un serafín toca la boca de Isaías para purificarle (*Is 5,6-7*), el Señor mismo la de Jeremías y "*pone sus palabras en la boca del profeta*" (*Jr 1,9*). Ezequiel expresa la misma idea con más realismo todavía.

La palabra hebrea para “profetizar” es ‘naba’: brotar de la fuente. El profeta está unido a la fuente divina y su palabra brota de ella. La palabra griega de la que procede el término castellano, significa “hablar por”. El profeta habla por Dios, de parte de Dios, en nombre de Dios. Se deja instruir por El, y le presta su lenguaje haciendo suya la palabra de Dios, coloreándola con su subjetividad, sin traicionar el mensaje. Da testimonio en su nombre y en su lugar, y comunica a los demás lo que él mismo ha recibido.

En el Antiguo Testamento, el profeta recibe la palabra para transmitirla. No puede guardarla para sí, le devora el deseo de darla a conocer. Está en su boca “como un fuego” (*Jr* 5,14). El sabio dice de Elías que “su palabra quemaba como antorcha” (*Si* 48,1). Y Jeremías confiesa: “Había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos. Y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía” (*Jr* 20,9).

Jesús tampoco ha dicho nada por El mismo. Ha recibido de su Padre todas las palabras, se ha dejado instruir por El y ha “interpretado” al Padre a quien nadie ha visto nunca (cf *Jn* 1,18). Verbo hecho carne, ha revestido lo inexpresable con categorías humanas, de manera que lo que es comprensible dejara transparentar a Dios, por esencia incomprensible. Jesús ha actuado así en público y en privado, enseñando o viviendo sencillamente su vida de hombre, ella misma testimonio del Padre: “Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (*Jn* 14,9).

En el Nuevo Testamento, el predicador aparece como “ministro de la Palabra” (*Lc* 1,2), “administrador de los misterios de Dios” (1 *Co* 4,2), “ministro y testigo de la visión” (*Ap* 1,1-2) y quizás sobre todo como “siervo de la Palabra” (*Hch* 6,1-4). La transmite tal como la ha recibido (1 *Co* 11,23; 15,3). Por medio de él, Dios sigue hablando y lo hace con palabras de hombre.

Nuestra vocación profética de religiosos educadores se sitúa a ese nivel. Jesús lo ha dicho todo, nos queda repetir su palabra a los hombres de nuestro tiempo. El ha hecho la exégesis del Padre, nosotros hacemos la exégesis de la Palabra. Debemos anunciarle a El, a Jesús, y no anunciarnos a noso-

tros. Al igual que San Pablo, sólo queremos “*anunciar a Cristo y a Cristo crucificado*” (1 Co 2,2). Estamos al servicio de la Palabra, y no la Palabra a nuestro servicio.

Esto implica ante todo, por nuestra parte, la escucha de la Palabra. “*Predica inútilmente la Palabra de Dios fuera de sí aquel que no la escucha dentro de sí*” (San Agustín). Antes de llevarla a los otros, debemos dejarnos llevar por ella. Antes de sembrarla, debemos dejar que eche en nosotros su semilla. “*Come, ... aliméntate, sáciate... y háblales con mis palabras*” (Ez 2,8): existe una relación necesaria entre alimentarnos de la Palabra y proclamarla. Las dos cosas son inseparables.

Eso implica en fin la renuncia consciente a escoger partes de la Escritura, a entregar un mensaje trucado. Tentación frecuente. En su multiplicidad, la Escritura es una unidad. No podemos elegir éste u otro pasaje excluyendo a otros: sería romper un traje sin tener en cuenta la costura. Rozaría la herejía (griego: *haireo* = yo elijo). Ya Orígenes decía que los exégetas disecaban la Palabra de Dios, eran como los verdugos que torturaban a Cristo. Lo que el autor del Apocalipsis escribe a propósito de su libro es verdad de cara a toda la Biblia: “*Yo advierto a todo el que escuche las palabras proféticas de este libro: ‘Si alguno añade algo sobre esto, Dios echará sobre él las plagas que se describen en este libro. Y si alguno quita algo a las palabras de este libro profético, Dios le quitará su parte en el árbol de la Vida y en la Ciudad Santa, que se describen en este libro’*” (Ap 22,18-19).

El profeta es fiel, no cambia la palabra, no la manipula a su antojo para ser él el maestro, él es el siervo de la palabra. No toma el lugar de Cristo, le deja todo el sitio. No proclamaba su mensaje, sino el mensaje de Cristo. Lo que el Concilio Vaticano II recomienda a los presbíteros tiene validez también para nosotros: “*Es siempre su deber enseñar no su propia sabiduría, sino la palabra de Dios*” (Presbyterorum Ordinis 4). “*Hay que evitar siempre el peligro de convertir la palabra revelada en vehículo para una determinada ideología*” (Juan Pablo II a la Federación Católica Mundial para el Apostolado Bíblico, *La Documentation Catholique*, n.º 1884, 18 de noviembre de 1984, p. 1056).

Debemos por lo tanto preguntarnos qué rostro de Cristo

presentamos a los jóvenes: ¿un Jesús superstar? ¿un Jesús hippy? ¿un Jesús revolucionario? ¿un Jesús reducido a las dimensiones del hombre? o ¿aquél de quien Pedro confiesa: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo", o Tomás: "Señor mío y Dios mío", o el centurión romano a los pies de la Cruz: "Este era verdaderamente el Hijo de Dios", o el Cristo que Pablo nos presenta en sus himnos cristológicos (*Flp* 12,6-11; *Ef* 1,3-14; *Col* 1,15-20) y que la Iglesia nos invita a releer en el Oficio Divino?

B) *Cómo proclamar la palabra*

En Espíritu y en Iglesia "Para realizar una obra de evangelización que sea eficaz, debemos volver nuestra mirada, para inspirarnos, hacia el primer modelo apostólico.

Ese modelo, fundador y paradigmático, lo contemplamos en el Cenáculo. Los Apóstoles unidos a María, perseveran con ella a la espera del don del Espíritu. La obra de evangelización empieza por la efusión del Espíritu Santo. Es preciso, por lo tanto, dar inicio a la evangelización invocando al Espíritu y buscando su aliento (cf *Jn* 3,8). Hay síntomas de este soplo del Espíritu Santo presentes hoy en el mundo. Para encontrarlos, mantenerlos vivos y multiplicarlos, será necesario, a veces, dejar de lado esquemas atrofiados e ir allá donde brota la vida, allí donde se producen frutos de vida "según el Espíritu" (cf *Rm* 8). Esas fuentes vitales, en armonía con los rasgos del primer modelo apostólico, se encuentran generalmente allí donde la Iglesia, al igual que María, es venerada y acogida como Madre. El anuncio de Cristo separado de la Madre Iglesia, o, peor aún, opuesto a ella, no podrá ser el anuncio del Verbo hecho carne, nacido de la Virgen María y engendrado continuamente por la Iglesia en el corazón de los fieles" (Juan Pablo II, VI Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas, *La Documentation Catholique*, 17 de noviembre de 1985, n.º 1096).

El profeta recibe la unción del Espíritu. Penetrado por El, vive bajo su influjo y habla bajo su moción, de tal manera que su palabra no es sólo palabra humana, sino palabra de Dios. Jesús mismo, nacido del Espíritu Santo, empieza a predicar después de su bautismo, cuando recibe una nueva efusión del Espíritu. Los apóstoles emprenden la misión después de Pentecostés, en la plenitud del Espíritu.

Lo mismo, después del bautismo, los cristianos confirmados en el Espíritu, dan testimonio de su fe, y cada Hermano recibe, el día de su **profesión perpetua**, una nueva efusión que le capacita para su misión evangelizadora.

Ese lazo del profeta con el Espíritu, esa intimidad continua con El, explica la eficacia sobrenatural de su palabra. Si ese lazo no existe, no se quiebra, la palabra del profeta no es nada más que palabra de hombre, bella quizá, inteligente, sutil, pero ineficaz de cara al Reino. La experiencia natural es, aquí también, la imagen de la experiencia sobrenatural: una palabra se oye sólo si un soplo de aire la acerca a la persona que escucha. En el vacío, la palabra no se oye. De igual forma la palabra de Dios sólo se oye si el Espíritu la transmite. La Palabra de Verdad, emitida por el Padre en el Soplo del Espíritu no conduce al Padre si no es llevada por ese soplo. El Espíritu es el vehículo portador de la Palabra.

En el ejercicio del ministerio profético, es por lo tanto de gran importancia para nosotros, Hermanos, mantener viva esa comunión de vida con el Espíritu Santo. El Espíritu y la Palabra están siempre unidos. El Espíritu es el lugar de la palabra y la condición de su eficacia. Sin el Espíritu la Palabra no da fruto; sin la Palabra, el Espíritu enmudece: "*No habla por su cuenta*" —dice Jesús— (**Jn** 16,13). "*Recibe de lo mío*" (16,14). "*Os lo enseñará todo*" (**Jn** 14,26).

Al igual que en el día de Pentecostés, el Espíritu Santo capacitará a los Hermanos para proclamar la Buena Nueva en la lengua que cada alumno entenderá. Había allí —nos relata el Libro de los Hechos— gente de todas las naciones, pero cada cual entendió a Pedro en su propia lengua. Y debemos confiar en el Espíritu presente en nosotros y en cada uno de nuestros alumnos para que Jesús se les revele. Por medio del Espíritu la misma palabra pronunciada delante de una clase de treinta

alumnos, alcanza a cada uno personalmente y responde a sus necesidades. El Espíritu, inspirador del profeta, adapta la palabra a cada uno de los oyentes.

San Juan llega a decir a sus fieles: *"Y en cuanto a vosotros, la unción que de él habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe"* (1 Jn 2,27). San Agustín comenta así ese pasaje: *"Hermanos míos, se trata de un misterio grande: el sonido de las palabras golpea vuestros oídos, pero el verdadero Maestro está dentro de vosotros. Podemos repetir palabras que resuenan en vuestros oídos, pero si no hay en vosotros Alguien para instruiros, nuestras palabras se quedan vacías... Me dirijo a todos vosotros, pero los que no están ungidos interiormente, los que no reciben la enseñanza del Espíritu Santo, se irán de aquí como han llegado"*.

No se transmite a Dios sin Dios. Cuando hablamos de El, El nos adelanta, nos conduce, nos asiste tanto más, cuanto seamos más dóciles, dúctiles a la moción del Espíritu. Y, si no, predicamos en el desierto. Hay evidente falta de proporción entre la proclamación de la palabra y la conversión de un hombre. Sólo el Espíritu cambia los corazones de piedra y los convierte en corazones de carne: sólo la palabra dicha según el Espíritu convierte e instruye. Eso es fundamental y tiene que estar presente en nuestra mente y en nuestro corazón.

Y asimismo, Espíritu e Iglesia van unidos. La Iglesia es el lugar habitual en el que actúa el Espíritu, sin limitarse a ello. La Iglesia es responsable de la Palabra, la ha recibido en herencia, vela para que sea bien entendida. *"La Escritura no contiene en sí misma su claridad. Debe ser leída e interpretada en el contexto de la fe viva de la Iglesia"* (Puebla, n.º 179). *"Una exégesis que no vive y no entiende la Biblia con el organismo vivo de la Iglesia se convierte en arqueología: un museo de cosas obsoletas"* (Cardenal Ratzinger, *Transmission de la Foi et sources de la Foi*, Conferencia en París, el 16 de enero de 1983). *"Pero ante todo tened presente que ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia"* (1 P 1,20). La Palabra de Dios es comprensible si se la recibe en el seno materno de la Iglesia, allí donde puede germinar, ser alimentada, protegida, como un niño en el seno de su madre.

En la fe La Palabra de Dios sólo se proclama en la fe. Si el profeta no entra en el misterio de esta palabra, tampoco los demás podrán acceder a ella. Y del mismo modo, su fe vacilante, teórica o práctica, disuelve el dinamismo de la palabra de Dios.

La eterna tentación es hacer de la palabra algo personal, de apoderarse de ella y llegar a pensar que su eficacia va a depender del arte pedagógico desplegado para proponerla, de la progresión metódica de su presentación. Entonces se degrada en palabra de hombre: *"es como un bronce que suena o címbalo que retiñe"* (1 Co 13,1), obra humana, programa que se expone. San Pablo tuvo de esto dura experiencia en Atenas. La lección le va a servir y desde entonces *"predicará el Evangelio no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo"* (1 Co 1,18).

Las técnicas modernas de relaciones humanas, los medios de comunicación, los aparatos audio-visuales, la expresión corporal pueden servir eficazmente a la palabra inspirada por el Espíritu y aumentar su impacto, pero se quedarán en medios ineficaces para el Reino si la palabra que ayudan a transmitir no tiene vida. La esterilidad de tantas catequesis, la sequedad de tantos libros espirituales sólo tienen como causa esa separación de la fuente de Agua Viva. La palabra se convierte así en letra muerta. Y ¿cómo podría engendrar vida? Es preciso reanimar ese cadáver. Sólo el Espíritu podrá hacerlo.

¿Quién no reconoce en esto un momento u otro de su historia? Experiencia saludable, ya que el fracaso remite a lo esencial: la Palabra escuchada y anunciada a la sombra del Espíritu, la Palabra a solas, sin aditamentos, en su aparente fragilidad y en su desconcertante pobreza.

La proclamación asidua y ferviente de la Palabra no impide que el Hermano pase por una crisis de fe, semejante a la que tuvieron Jesús y los Apóstoles, al constatar la falta de fe de los que les escuchaban. Nos cuesta mucho entender "la paciencia de Dios" y más aún, su infinito respeto por la libertad del hombre. Quisiéramos palpar los primeros resultados de nuestra acción como Tomás tocó el Cuerpo del Señor resucitado. El Papa nos pone en guardia contra esta tentación: *"El deseo de una eficacia inmediata y de algo maravilloso, pueden hacernos*

olvidar el lento y silencioso proceso de maduración de la Palabra de Dios en el corazón de los creyentes. Si el Espíritu irrumpe, de modo aparentemente repentino en la vida de un hombre y de una mujer, llevándolos a la conversión, es importante no descuidar la preparación lejana y cercana de las que el Espíritu se sirve en general y con las que debemos cooperar. La fe no se improvisa, cuenta con el tiempo” (Juan Pablo II a los Obispos de los Pirineos, Francia, el 16 de noviembre de 1982; *La Documentation Catholique*, del 16 de enero de 1983).

* * *

Esa triple convicción de que la Palabra de Dios es anunciada en el Espíritu Santo, en Iglesia y en la fe implica dos actitudes interiores, en apariencia contradictorias, pero, de hecho, complementarias.

Con humildad La primera es la humildad. Ser llamado a anunciar la Palabra de Dios tendría que llenarnos de respeto. Es un misterio de amor que debería vivirse en la admiración, la alabanza, el olvido de sí. El portavoz no es la Palabra. Es el instrumento del misterio que lo supera totalmente. Se eclipsa para dejar lugar a aquel que lo envía y a la palabra de la que es siervo.

Vive algo semejante a lo que vivió María en el misterio de la Visitación. María lleva la Palabra en su seno: se ha puesto por entero al servicio de la Palabra que, incapaz de expresarse por sí sola, se sirve de ella como portavoz... Y está tan llena de la Palabra que las suyas participan del misterio de su poder y obran maravillas. Y María lo agradece con la alabanza.

Y así, cada apóstol vive de cara a la Palabra de Dios un misterio de pobreza, de dependencia, algunos dicen de despersonalización cuando habría que hablar más bien de superpersonalización. Acoge una palabra que no es la suya y que se encarna con él hasta tal punto que invade su mente, su corazón y sus labios. Entonces, vacío de sí mismo, el portavoz se convierte en cristóforo.

Numerosos profetas tienen una conciencia muy viva de su pobreza, frente a la misión que Dios les pide. El primero es

Moisés: "Quién soy yo para ir al Faraón... No he sido nunca hombre de palabra fácil, soy torpe de boca y de lengua" (Ex 3,11; 4,10). Isaías: "Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros" (Is 4,4). Jeremías: "¡Ah, Señor! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho" (Jr 1,7). El verdadero profeta tiene conciencia de que su misión le desborda. Se sabe indigno. Desea desaparecer como Juan Bautista. Al igual que Pablo se siente "débil, tímido y tembloroso", aunque apoyado en "la fuerza de Dios" (1 Co 2,4). Lo importante no es el profeta, sino el mensaje que entrega.

La historia demuestra que Dios se complace en elegir mensajeros entre los sencillos. Pensemos en el cura de Ars, en Bernadette Soubirous y, más aún, en la Virgen María, joven de quince años, llamada a entregar al mundo la Palabra de Vida.

Una consecuencia importante de ese misterio es que el profeta se eclipsa frente a la Palabra. Ya que es el siervo de la palabra, se inclina delante de ella y pone todos los recursos de su inteligencia, de su corazón, a su servicio. Acoge la palabra tal como se le entrega y la transmite íntegra, sabiendo que convence aún más sin sus añadiduras y explicaciones. No la doblega a su mentalidad, ni la somete a su ideología. La proclama sin escoger lo que le place, sin compromiso que la falsifique, sin manipulación de ningún tipo, en fidelidad a la tradición de la Iglesia. Y, asimismo, no se atribuye sus frutos, tampoco se desmorona indebidamente por sus fracasos.

Con audacia La segunda actitud es la audacia. El hombre se sabe vasija frágil, pero escogida, portador de un misterio que debe transmitir. Y transmitirlo con la fuerza de Dios. Ha recibido la promesa: "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros" (Hch 1,8). Frente a las reticencias y a las objeciones del llamado, Dios asegura: "No temas. Estoy contigo". Jesús, después de dar a los Apóstoles la orden de evangelizar a toda la tierra, añade: "Yo estaré con vosotros hasta el fin".

Si yo estuviera solo, tendría motivos para dudar. Pero me ha sido prometido el Espíritu Santo. El habita en mí y sopla en mi corazón la única Palabra de Verdad que existe.

Si se tratara de mi palabra tendría razones para vacilar. ¿Con qué derecho la propondría como Palabra de Dios? Pero, no es mi palabra, es el único mensaje de salvación que existe para el hombre de hoy, mensaje que anuncia al único Salvador. Ya que la palabra tiene fuerza por ella misma, mi pobreza, mi miseria, mis debilidades en nada alteran el poder de su persuasión.

Entonces, ¿por qué tener miedo de proclamar la palabra? ¿Por qué dejarme aplastar por mis carencias? ¿Por qué objetar sin fin: "No soy capaz. No estoy preparado. No sé qué decir. La palabra no gusta. Mis alumnos no están dispuestos a escucharla...?". Me rindo, bajo pretexto de fracaso, de indiferencia por parte de los jóvenes, hasta de una oposición más o menos latente. Y ¿acaso dimito cuando la enseñanza de las matemáticas, de una lengua o de la física es difícil? Me ingenio para que me entiendan, simplificando la presentación, cambiando los métodos. ¿Por qué no puedo hacer lo mismo con la Palabra de Dios, con la catequesis? *"Porque no nos dio Dios a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza"* (2 **Tm** 1,7).

¿Por qué no demostrar más audacia? —audacia inteligente —ya que se trata de llevar la luz a los que viven en las tinieblas, la certeza de la salvación a los que desesperan. Es normal, en un primer momento de la vocación, echarse atrás. Moisés mismo para deshacerse de ella aduce la tartamudez. Jeremías tiembla como una hoja y Pablo se considera un aborto. Pero a todos el Señor responde como lo hizo a San Pablo: *"No tengas miedo; sigue hablando y no calles; porque yo estoy contigo y nadie te pondrá la mano encima para hacerte mal, pues tengo un pueblo numeroso en esta ciudad"* (**Hch** 18,9).

Hay que entrar en el Templo e implorar la fuerza prometida. No es casual que la palabra "audacia", ausente en los Evangelios, la encontramos doce veces en los Hechos de los Apóstoles, después de Pentecostés. Gracias al Espíritu *"la lengua de los tartamudos hablará claro y ligero"*: (**Is** 32,4). Gracias al Espíritu, los doce atemorizados, encerrados en el Cenáculo, abren las puertas y empiezan una evangelización que les conducirá hasta los confines de la tierra. *"Sólo le debemos a nuestro Señor el hecho de no tener miedo. La debilidad de los*

medios humanos es un motivo de fuerza. Jesús es el Maestro de lo imposible" (Carlos de Foucauld).

Y, ciertamente, si mi palabra es la de Jesús, molesta, no siempre da gusto, provoca resistencia, choques que podrán herirme. Jeremías confiesa: "*La palabra de Dios ha sido para mí oprobio y befa cotidiana*" (Jr 20,8). "Jesús no tenía sólo consuelos en el cumplimiento de su misión. A partir del final del capítulo tres del Evangelio de San Marcos asistimos a un ocaso de su prestigio personal. Es contestado y rechazado. Ya en este capítulo conspiran en contra de él. La oposición parte de los fariseos, luego se extiende a la gente sencilla y llega a ser general. En la parábola de la viña, Jesús habla de sí como de "*la piedra rechazada por los constructores*" (Mc 12,10). Intuye que su vida se encamina hacia el fracaso. Los gritos de desaprobación se levantan cada vez más, hasta que Pilato "preguntó a la muchedumbre qué crimen había cometido y ésta le contestó: ¡Sea crucificado! ¡Sea crucificado!" (Cardenal Martini: *Etre avec Jésus*, pp. 58-59).

Los Doce comparten esa experiencia con Jesús y, después de su muerte, chocan con las mismas contradicciones. Pero Pedro y Juan, obligados a callarse por el Sanedrín, protestan "*No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído*" (Hch 4,20). Pablo dirá lo mismo: "*Pobre de mí si no evangelizare*". Desde la cárcel escribe a los Efesios: "*Pedid por mí para que me sea dada la palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el Misterio del Evangelio, del cual soy embajador entre cadenas, y pueda hablar de él valientemente como conviene*" (Ef 6,19-20). Ya en sus primeros viajes había experimentado la contradicción; su primera carta lo demuestra: "*Después de haber padecido sufrimientos e injurias en Filipos, como sabéis, confiados en nuestro Dios, tuvimos la valentía de predicaros el Evangelio de Dios entre frecuentes luchas*" (1 Ts 2,2). "Así como hemos sido juzgados aptos por Dios para confiarnos el Evangelio, así lo predicamos, no buscando agrandar a los hombres, sino a Dios... Nunca nos presentamos con palabras adulatorias, ni con pretexto de codicia, ni buscando gloria humana" (1 Ts 2,4-7). "*Despreciando, pues, todas 'las armas de la carne' y siguiendo el ejemplo de mansedumbre y de modestia de Cristo, los apóstoles predicaron la*

palabra de Dios confiando plenamente en la fuerza divina de esta palabra para destruir los poderes enemigos de Dios y llevar a los hombres a la fe y al acatamiento de Cristo" (*Dignitatis Humanae*, n.º 11).

Yo también tengo que tener confianza. Si mi palabra la conduce el Espíritu, encuentra en los corazones un Huésped interior que conoce. Despierta un eco que resuena. Quizá a ratos resulte incomprensible, pero un día se entenderá claramente. La palabra sembrada será un día espiga dorada.

Claro está que la gracia no suple la formación. Sería presuntuoso, no audaz, presentarse delante de los jóvenes sin preparación, pretendiendo poner nuestra confianza sólo en la gracia todopoderosa. Nosotros somos los instrumentos de Dios. Seamos instrumentos de calidad que ponen a su disposición la propia inteligencia, el propio trabajo, los carismas para ayudar a transmitir bien el mensaje con miras a una educación auténtica de la fe. La actitud crítica de los jóvenes de hoy, lanza un reto a nuestra valentía. Seamos audaces y competentes. Sería anormal que en materia religiosa seamos incapaces de responder a sus planteamientos, a sus aspiraciones profundas, y que los dejemos desprovistos para la vida cristiana y espiritual a la que Dios les llama. Que se diga de nosotros lo que se dijo de Jesús: "*El celo por la casa de Yahveh le devora*" (*Jn* 2,17). Si no podemos ofrecer una formación completa, por lo menos que no sea tan pobre, ni tan débil que se haga trizas a la primera objeción.

Debemos ser más atrevidos con los jóvenes. Muchos de ellos se sienten desamparados, y buscan dar un sentido a su vida. Muchos están sedientos, pues no conocen la verdadera Fuente donde apagar su sed. Su situación es semejante a la descrita por el profeta Amós: "*He aquí que vienen días —oráculo del Señor— en que yo mandaré hambre a la tierra, mas no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Yahveh. Entonces vagarán de mar a mar, de norte a levante andarán errantes en busca de la Palabra de Yahveh, pero no la encontrarán*" (*Am* 8,11-12). ¿Seremos capaces de darles el Agua Viva a la que aspiran sin saberlo?



Con alegría En el fondo, si hay un sentimiento que debe llenar el corazón del profeta, éste es el gozo. El gozo de saberse llamado a gritar a los hombres: "*Dichosos los pobres porque de ellos es el Reino de los Cielos. Dichosos los que buscan la paz... Dichosos los limpios de corazón..., etc.*". ¿Cómo transmitir este mensaje si tenemos un corazón encogido? El entusiasmo, es decir según la etimología, la exaltación de Dios, tendría que llenarnos el corazón. Jesús, al escuchar las maravillas llevadas a cabo por los discípulos durante su primera misión, se estremecía en su espíritu y sobresaltaba de gozo en una oración jubilosa (Lc 10,21). Junto con él y el pueblo elegido, deberíamos exultar y cantar: "*¡Qué hermosos son los pies del mensajero que trae buenas nuevas!*" (Is 52,7), ¡la buena noticia de la salvación! la noticia que causa nuestra alegría: "Todos quedaban asombrados al oírle".

Cómo no citar de nuevo aquí las palabras ardientes de Pablo VI: "Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo —como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia —con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradie el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo" (*Evangelii Nuntiandi*, n.º 80).

Según tres formas principales Esta palabra proclamada según el Espíritu y en Iglesia, con fe, audacia y alegría necesita descansar sobre tres pilares: el kerigma, la catequesis o la didascalía y el testimonio.

El kerigma es la proclamación del misterio de Dios llevado a lo esencial: Cristo, en su misterio pascual de muerte y resu-

rección. Es el anuncio de Jesús que apunta a la conversión del corazón de los oyentes.

La catequesis, considerada aquí bajo este único aspecto, es la enseñanza sistemática del misterio de la fe. Detalla el kerigma, lo analiza, con vistas a un conocimiento completo del mensaje del que estudia paulatinamente los diferentes aspectos con método y cuidado didáctico.

El testimonio anuncia a Jesucristo, bajo forma de un mensaje vivo, de un mensaje vivido, por el evangelizador y los cristianos.

Pero no es necesario recalcar demasiado la distinción de estos tres modos, sino al contrario considerarlos como un todo. Siempre el kerigma conlleva una enseñanza, la catequesis conduce a la conversión del corazón, un testimonio habla siempre. De hecho, esas tres formas se encuentran en todo anuncio de la palabra. Volveremos sobre ello en las páginas siguientes.

C) *¿Dónde y cuándo proclamar la palabra?*

La respuesta es evidente: siempre y en todo lugar. Nada detiene al fuego que quema. "*Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo...*" (2 *Tm* 4,2). "Dichas palabras de Pablo significan que siempre y en todo lugar es preciso hablar de Dios, darle testimonio frente a los hombres y al mundo; no sólo porque ésta es la misión y la vocación del discípulo, sino porque tal es la necesidad más profunda del hombre y del mundo: el mundo y el hombre en el mundo no tienen sentido fuera de Dios" (André Frossard, *Dialogue avec Jean-Paul II*, p. 285).

Sin embargo, tenemos "**lugares privilegiados**".

Los encuentros ocasionales El primero, el más frecuente quizá sea aquel en que menos se piense, la vida cotidiana, esas ocasiones fortuitas, sembradas a lo largo del día, al azar de los acontecimientos: las conversaciones de pasillo, los coloquios de sobremesa, aquellas salidas con la clase, los breves intercambios camino del colegio, en las calles

de la ciudad, en las rutas de campo, de paseo, de vacaciones...

Muchos cristianos, quizá la mayoría, no tienen más que estas ocasiones. Nosotros también tenemos múltiples ocasiones para anunciar, muy sencillamente, la Buena Noticia. Con nuestros hermanos, en una entrevista a solas, en comunidad; con nuestros alumnos, en clase, durante las horas de enseñanza profana, en el patio, durante encuentros ocasionales u organizados, entrevistas solicitadas o provocadas...

Una palabra realmente evangélica actuará sin que se entere ni el mismo que la pronuncia. Penetra en el corazón, despejando el acceso o liberando una fuente. Espada que cura, bálsamo que alivia, luz que indica el camino, piedra que remueve aguas estancadas, corriente de aire fresco que aleja los miasmas fétidos, semilla invisible que quizá sólo germine más tarde.

Jesús actuaba así a menudo. De noche se entretiene con Nicodemo, se para por casualidad al lado del pozo con la Samaritana, en la intimidad del hogar con Marta y María, durante una comida y su actitud es considerada extraña: "*Simón, tengo algo que decirte...* (Lc 7,40), a veces en privado, sin que los vecinos lo sepan: "*¿Qué tengo yo contigo, mujer?*" (Jn 2,4) —"*No temas; solamente ten fe*" (Mc 5,36). Son los cimientos que esperan futuras construcciones.

En los albores de la Iglesia, el Evangelio se extendió por medio de las peregrinaciones de los primeros cristianos y de las catequesis ocasionales impartidas a lo largo del camino, de un punto comercial a otro (cf *Hch* 8,26-40; 18,24-28).

Cada uno de nosotros puede rememorar en su vida encuentros que han marcado su futuro, desencadenado una conversión, modificado una manera de ver, encuentros que han animado e iluminado. Palabras llenas de impacto decisivo y duradero. Estaba en las tinieblas y de pronto ha surgido la luz. Me encontraba desanimado y de pronto ha nacido la esperanza. Creía tener y saber toda la verdad y he aquí una persona sencilla, poco instruída y de la que no esperaba nada, que me abre horizontes de luz. Mis certezas, mis suficiencias quedan en ridículo frente a la riqueza fulgurante de tal observación que el ignorante hace el sabio porque el Padre le revela su misterio (cf *Mt* 11,25).

Todo encuentro puede ser también lugar de evangelización.

¿Cómo explicar el impacto, a veces asombroso y aparentemente desproporcionado de una palabra dicha en esas circunstancias? Seguramente porque el Espíritu está en el profeta y le "sopla" el consejo que da en el blanco: su palabra llega lejos, procede del Espíritu, del que nadie sabe "de dónde viene ni a dónde va" (Jn 3,8). Seguramente también porque el amor acoge al hermano con la ternura misma del corazón de Dios. Y quizá también porque en ese contexto, el autor tiene menos probabilidades de jugar a protagonista se entrega sin disfraz o ropaje extraño, sin preocupación de proselitismo. En él, decir y ser coinciden, la sencillez del testimonio y del testigo llega al oyente. La Palabra prisionera hasta entonces en su corazón, se despliega libremente. ¡Empieza a vivir!

Entre Hermanos, especialmente de una misma comunidad, tendrfa que ser un gozo el compartir así la Palabra "**según el Espíritu les concede expresarse**" (Hch 2,4). Un compartir sin deseo de erudición, sin espíritu de superioridad o de rivalidad, sino con extrema sencillez, en la libertad y la verdad del corazón. **¡Dichosos los Hermanos y las comunidades que lo viven!**

La máxima Antes, todos la practicábamos. Hoy, muchos la hemos abandonado. Es cierto que las condiciones de la enseñanza han cambiado, imponiendo en particular a los profesores correr de una clase a otra, de la mañana a la noche. Pero también los jóvenes han cambiado. Y los jóvenes de hoy son más sensibles a ese modo de evangelización que a otro. ¿Acaso no tendríamos que recuperarlo, haciendo las adaptaciones necesarias?

La "máxima" tiene muchas ventajas. La primera es su brevedad. No ocupa la atención durante mucho tiempo, no cansa. En este tiempo de cabezas ligeras y espíritus indóciles, con dificultad para concentrarse, la "máxima" está especialmente indicada para actuar como vector del mensaje.

Y además, se ajusta a los acontecimientos, a las situaciones concretas. Una catequesis se despliega durante semanas, a veces durante meses. En cambio, la máxima responde a un problema inmediato, transitorio, que afecta a la comunidad educadora: un accidente, una enfermedad, la muerte de un

profesor o de un alumno... una fiesta religiosa cercana, el santo del día..., el periódico local, una noticia de la televisión o de la radio recién oída. La máxima ilumina con la luz del Evangelio un problema de actualidad.

Además permite adaptarse a los diferentes niveles de fe. Los "generosos" encuentran un estímulo cotidiano, un empujón energético que los relanza, los anémicos espirituales, un régimen para enfermos, poco abundante, pero apetecible y digestivo, un alimento en pequeñas dosis, que no provoca rechazo. Poco a poco el organismo se fortalece y así podrá asimilar alimentos más sólidos.

Hay kerigma en la "máxima". Va derecho a lo esencial sin perderse en detalles. Invita a una ruptura con un pensamiento o una conducta defectuosa, a veces pecaminosa e invita a apegarse apasionadamente a Jesús. Es interpelante, va a lo esencial, insinuante, sutil, o llena de ternura y compasión. Palmotea como una llama al viento, el viento del Espíritu. Pasa sin imponerse. Sugiere y deja tiempo para ponerse en marcha.

Se asemeja a la enseñanza de Jesús en parábolas: "Y les anunciaba la Palabra según podían entenderla" (Mc 4,33). Capta la atención, nuevos horizontes se despliegan, se abren caminos, las buenas voluntades no tardarán en comprometerse...

Sería muy conveniente volver hacia la práctica de la "máxima". Quizá la hemos dejado de lado justo cuando parecía muy apta para los jóvenes de hoy. Haría falta redescubrir su flexibilidad, su incisividad, su sencillez. Repetida cada día, como el rocío que impregna los espíritus y los corazones de nuestros alumnos, como una invitación cotidiana a la conversión.

En los internados, la reflexión de la noche juega un papel idéntico. Don Bosco hizo de ella un instrumento privilegiado para la formación cristiana. Si la preparamos bien y se la escucha bien, dispone los espíritus y los corazones a la paz y continúa su labor de evangelización en el subconsciente.

La catequesis "La catequesis es una participación en el ministerio de la Palabra" (D 115). Es esencialmente el anuncio de Jesucristo, de su vida, de su mensaje, de su doctrina. Jesús es el centro... alrededor del cual se organiza la catequesis.: "Mi Evangelio es el mensaje de Jesucristo", dice

San Pablo (*Rm* 16,25). “No me precié de saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado” (*1 Co* 2,2). La catequesis es siempre cristocéntrica.

Lo que distingue la catequesis de lo dicho anteriormente, en su anhelo de enseñar, su progresión sistemática, su solidez crítica, su método didáctico. Necesita un punto de partida intelectual que presenta la totalidad del contenido de la Revelación y exige esfuerzo y atención. La fe no es un grito, sino una larga búsqueda de la inteligencia. Requiere un contenido objetivo y un estudio continuo. Intenta hacerse comprender y reclama un alimento sustancial que apaga el hambre del espíritu.

La catequesis prolonga el carisma. Para hacerlo, se apresura sin precipitación... Toma su tiempo. Extiende su duración. El mismo tema de reflexión podrá ser tratado durante varios meses, una o dos horas por lo menos. Y así impregna durante un largo tiempo las inteligencias y los corazones con la palabra de Jesús. Es una gran ventaja..., que tiene su contrapartida: excepto en la Básica, la catequesis es poco frecuente, una o dos veces por semana, raramente más, en casi todas nuestras escuelas. Y así, la lluvia abundante, pero ocasional, corre el riesgo de empapar una tierra que se agosta durante el resto de la semana. Una o dos tormentas semanales pasan rápidamente...

En un contexto poco cristiano, la catequesis es difícil, y su impacto problemático. Pero es cierto también que la Buena Noticia aparece como algo novedoso. Entrega un mensaje que choca y se pega a los oídos que no la conocen. “Nunca nadie ha hablado como este hombre” confiesan los guardias enviados para detener a Jesús. Muchos contemporáneos nuestros podrían decir lo mismo.

Jesús ha empleado con frecuencia este procedimiento para enseñar. No sólo ha sido profeta, sino también doctor (*Mt* 23,10; *Jn* 3,2). No sólo ha comunicado sus experiencias, sino también sus enseñanzas: “Y les enseñaba”, se nos dice a menudo en el Evangelio. Le gustaba pararse a explicar largamente la obra de salvación de Dios, y lo hacía con verdadera satisfacción. Marcos escribe: “Fueron allá corriendo de todas las ciudades... Y al desembarcar, Jesús vio mucha gente, sintió compasión de ellos porque estaban como ovejas sin pastor, y se puso a instruirles extensamente” (*6,33-34).*

Jesús no temía repetir varias veces lo mismo, volver sobre una idea que no había sido bien entendida. Recordemos su enseñanza sobre la Eucaristía después de la multiplicación de los panes (*Jn* 6) o aquella sobre la Luz durante la Fiesta de los Tabernáculos en Jerusalén (*Jn* 7-9). Por no hablar de su primer sermón de la montaña y de sus últimas horas con los apóstoles, después de la Cena. A ellos les explicaba las parábolas dichas a la muchedumbre. Hasta después de su resurrección le vemos caminar durante varias horas con los discípulos de Emaús y *“empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que se decía sobre él en todas las Escrituras”* (*Lc* 24,27). *“Y entonces abrió su inteligencia para que comprendieran”* (*Lc* 24,45).

Es imposible estar en mejor escuela. ¿Cómo no hacer con nuestros alumnos lo que Jesús ha hecho con la muchedumbre, con los discípulos de Emaús, con los apóstoles? La iniciación a la lectura y a la comprensión de la Escritura les apasiona y... el tema es inagotable. ¡Es una mina por explotar!

No dudemos en hacerlo sea cual fuere nuestro auditorio. La palabra de Dios se ajusta a todos los hombres. No hace acepción de personas. El niño la entiende así como el adulto, el ignorante así como el sabio. Cada cual encuentra en ella su alimento a la medida de su capacidad. Todos tenemos experiencia de ello: cuando de niños la oíamos, los pasajes de la Pasión vibraban en lo más profundo de nuestro corazón, las parábolas nos encantaban. Hoy, esos mismos pasajes nos descubren el mismo Amor, siempre insondable, pero entendido de otra manera, enriquecido por la experiencia de vida y la larga meditación de los misterios de Cristo.

¡Confiemos en la Palabra de Dios! Es delicada. No choca. El niño no se turbará, ni siquiera frente a los pasajes más escabrosos, aunque hemos de tener en cuenta que no toda la Escritura está escrita para él. La Palabra de Dios contiene en sí misma su elixir. Se desvela lo suficiente como para no herir los oídos que la escuchan y los ojos que la miran. Sabe esperar el momento de la luz llena. La persona destrozada, la persona crucificada por el dolor, encontrará en tal pasaje que podría parecer cruel o traumatizante, la paz que necesita, súbita, inesperada, don gratuito de la palabra que es bálsamo para el

corazón. El carisma de la enseñanza (1 Co 12,28) del que participa la catequesis, es tal que el auditorio se siente captado por el Espíritu que inspira las palabras aptas para cada uno.

La catequesis encuentra así en la Escritura su referencia obligada. De ella sale, a ella vuelve. Es verdaderamente la luz que la guía.

**Los equipos
de reflexión y
de profundización**

De vez en cuando, Jesús llevaba a sus discípulos a un lugar apartado. Quizá, hoy se diría que... ¡se iban de vacaciones! O bien les invitaba a celebrar en la intimidad con El una fiesta litúrgica, a compartir una comida... Y en estas ocasiones los formaba con más amor aún y más cuidado que de costumbre, les desvelaba los secretos más íntimos del misterio trinitario para que lo contemplasen, permaneciesen en él y lo viviesen. Les invitaba a confesar una fe más firme y a comprometerse de una manera más decidida en pos de El: "¿Vosotros también me dejáis?" "Y ¿quién decís vosotros que soy?" ¡Jesús, maestro espiritual!

Los Hechos nos dicen que en Efeso San Pablo: "ya que algunos, obstinados e incrédulos, hablaban mal del Camino ante la gente, rompió con ellos y formó grupo aparte con los discípulos. Y diariamente les hablaba en la escuela de Tirano. Esto duró dos años" (Hch 19,9-10).

Nunca semejantes maestros han sido más necesarios que hoy. Por doquier se oye decir "Se necesitan gurús". ¿Somos capaces de serlo: para nuestros Hermanos, para los padres desamparados que piensan que se les "cambia la religión", y, sobre todo para nuestros alumnos? Una estupenda obra de educación espiritual se abre delante de nosotros. Pide el sentido de la relación y el "olfato espiritual" unidos con el tacto y el respeto hacia los corazones. Y más aún, una profunda experiencia de vida según el Espíritu. Pero, ¿acaso no debería ser éste el lote de todo religioso?

Ese papel de formador y acompañante espiritual tiene un campo privilegiado para ejercerse: los movimientos de acción católica (A.C.E., J.E.C.), los movimientos de formación espiritual (Servicio Misionero de los Jóvenes, Congregaciones Marianas tan queridas por el Padre de la Mennais, El Movimiento Euca-

rístico de los Jóvenes, los grupos de oración, los Grupos de Amistad, los Grupos de Formación cristiana...), el escultismo, los campos de trabajo, los campamentos, tan exigentes en el plan de las relaciones fraternas y que permiten contactos personales en una atmósfera de sana relajación. En tales circunstancias, los corazones están abiertos y sin oposición. El Espíritu Santo puede invadirlos, la chispa nacer y el fuego prender. No hará falta más que una palabra dicha, en el momento oportuno, por un educador que la haya contemplado en su corazón.

Esa tarea de formador y de consejero espiritual, tiene también sus momentos propicios: los retiros, los días de revisión, los fines de semana. A menudo desembocan en resoluciones precisas que cambian los comportamientos de las personas. Pueden constituir el punto de partida de un camino espiritual que, bien guiado, desemboca en un compromiso apostólico al servicio de la Iglesia, a veces en una vocación sacerdotal, religiosa o misionera. Constituyen además para los jóvenes, la ocasión de celebrar su fe en un espíritu festivo. A los jóvenes les gustan esas manifestaciones comunitarias donde los cantos, la danza, los instrumentos de todo tipo tienen carta de ciudadanía. Expresan, a través de ellos, la valentía de ser creyentes y su fe se reafirma. A los ojos implacables del célibe agriado esta manifestación parecerá indecorosa. Con razón el joven le contestará: "*Qué hacéis de la locura de la fe?*" (*Hch* 2,13).

Y quizá, nunca mejor que en estas ocasiones, el Hermano podrá ejercer su papel para despertar la fe y educar en la fe y en la vida espiritual, papel específico de su vocación. ¿Quién de nosotros no ha tenido alguna vez esta gozosa experiencia?

* * *

Vemos cómo las ocasiones de evangelización son múltiples y ofrecen posibilidades enormes. Es preciso utilizarlas todas, ajustándolas a las diferentes mentalidades de alumnos. Los jóvenes difieren entre ellos, pero la Palabra de Dios sabe alcanzar los corazones en el punto débil. Si ella nos quema, sabrá inspirarnos la manera mejor para provocar en los demás el incendio. El celo despertará la creatividad.

IV. El fruto de la palabra

La Palabra de Dios concierne a la fe. Despierta al creyente, lo educa, lo hace crecer hasta su realización final en Dios, el día de la muerte, para el gozo eterno. Ahora bien, debemos recuperar lo esencial de este crecimiento en la fe para ahondar en nosotros y en los demás la labor de la Palabra.

Nacido de la palabra Esa labor empieza con el bautismo mediante el cual "Dios ha querido engendrarlos con Palabra de verdad, para que fuéramos como las primicias de sus criaturas" (St 1,18). Hemos nacido de nuevo, de un "germen" incorruptible: "la Palabra de Dios viva y eterna" (1 P 1,23). San Pedro en realidad emplea el término "esperma", más realista y sugerente. Por esta palabra que nos engendra, tenemos en nosotros, por decirlo así, genes divinos, pertenecemos a la raza de Dios, a su familia, "participamos de la naturaleza divina" (2 P 1,4). La Revelación realiza un nuevo nacimiento, regenera: "A todos los que la recibieron, la Palabra les dio poder de hacerse hijos de Dios" (Jn 1,12). En el bautismo, el Padre nos dice lo que dijo a Jesús en el Jordán: "Tú eres mi hijo amado en quien me complazco" (Lc 3, 22). Es una palabra creadora que guía toda nuestra vida.

La mayoría de nosotros hemos sido bautizados pocos días después de nacer. Pero hemos asumido y seguimos asumiendo nuestro bautismo. ¡Creemos! Acogemos con gozo y agradecimiento esta "palabra de verdad" sacramental que nos ha hecho hijos de Dios y que ha marcado el inicio de nuestra aventura espiritual. "La palabra encuentra en nosotros el eco de la fe" (D 15).

El fruto principal y, podríamos decir, único de esta palabra de Dios que nos hace hijos, es la revelación del misterio de Dios y de nuestro propio misterio: Dios, un Padre que se hace Amor para nosotros sus hijos. La fe en Jesús lleva al hombre no hacia el temor, como muchas religiones primitivas, sino a la confianza, a la certeza de saberse amado. Le manifiesta un Dios que no le abandona a la triste situación a la que ha llegado por un uso desmedido de su libertad, sino un Dios que quiere salvarle, y que le salva de hecho haciéndose hombre él mismo, en su Hijo Jesús, *“nacido de una mujer, nacido bajo la ley para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva”* (Ga 4,4-5). Y no es ésta sólo una manera de hablar, una expresión simbólica, no somos considerados hijos de Dios, *“lo somos”* (1 Jn 3,1). *“la prueba de que somos hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre! De modo que ya no somos esclavos, sino hijos: y si hijos, también herederos por voluntad de Dios”* (Ga 4,6-7).

El misterio de salvación, que la Palabra realiza en el creyente, le revela la profundidad de su pecado, de su caída, al mismo tiempo que le revela la gracia de la alianza. La palabra, de este modo, impide que el hombre caiga en la desesperanza y el desprecio de sí mismo y del mundo. Y lo hace revelándole el designio maravilloso al que el hombre está llamado: compartir la intimidad de Dios en un gozo sin fin.

Crecido en la palabra Pero la palabra no se limita a revelar ese designio, lo realiza en el hombre paulatinamente. *“La Palabra permanece operante en el creyente”* (1 Ts 2, 13). Lo cambia, lo penetra de la vida misma de Dios, lo diviniza. No sólo le indica el camino a seguir para llegar al Padre, sino que lo acompaña en el camino, lo fortalece, lo ilumina, lo alimenta, lo hace crecer. Es para el hombre un viático. San Pedro dice: *“Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual pura, a fin de que, por ella, crezcáis para la salvación”* (1 P 2,2). Como un niño desea la leche, así el discípulo desea con avidez la leche espiritual de la Palabra. Y

así como la leche asegura el crecimiento del niño, la Palabra hace crecer al hijo de Dios para llevarlo a la plena madurez y a la salvación.

La Palabra de Dios se sitúa así en el centro de la vida cristiana: como semilla, engendra una vida nueva, como leche sana, asegura el crecimiento espiritual.

La palabra de Dios: "*Tú eres mi hijo amado*" no se nos dice de una vez para siempre. Todos los días, a cada instante del día, si no renegamos de nuestro compromiso bautismal, la palabra se nos recibe en el fondo del corazón donde obra las mismas maravillas que en el día del bautismo. Siempre vivimos de esta palabra sacramental, soberanamente eficaz.

A nosotros religiosos, la palabra nos ha sido repetida de modo particular el día de nuestra profesión, al acoger la palabra de Cristo en nuestro corazón: "*Ven y sígueme*", palabra que nos ha convertido en compañeros de vida y enviados de Jesús (Mc 3,14). Y esta misma palabra la oímos de nuevo cada mañana y a lo largo del día, en términos siempre actuales: "*Ven y sígueme*".

Nos la repiten también las páginas de la Escritura, allí donde cada cual lee su historia santa en términos siempre actuales y novedosos. La Iglesia la proclama, día tras día, semana tras semana, en la santa Liturgia, especialmente en los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, y en el Oficio Divino. Y la palabra se nos da también en el silencio de la plegaria de la mañana y de la tarde, en la lectura espiritual, cuando nos encontramos con hombres de Dios, inflamados por el Espíritu que hablan en su nombre o en los acontecimientos, "*maestros que Dios nos concede*" (Pascal, *Pensées*), que nos sacuden, nos crucifican, nos llaman al don total de nosotros mismos al servicio del Reino.

Cada una de esas palabras hace en nosotros obra de santidad. Nos purifica, nos convierte, nos llena del amor del que nos hemos alejado y nos reconduce hacia El. O bien nos invita a abandonarnos con amor, acogiendo con agradecimiento la obra de Dios en nosotros: "*Hágase en mí según tu Palabra*". La Palabra nos ilumina, nos indica el camino, la puerta estrecha por la que debemos entrar. Nos abraza de amor y nos consume para Dios.

Así la palabra nos acompaña paso a paso, discreta, pero presente, como acompañó a Jesús que sabía descubrir en ella la voluntad del Padre: actuaba “según las Escrituras” (1 Co 15,3-4). En particular, su oración durante la Pasión nos muestra que “su muerte se cumple según la palabra de Dios, palabra de la que ha vivido, que vivía en él y que se ha manifestado en él” (Ratzinger, *Le Ressuscité*, p. 117-118). Tanto que Cristo podría decir: “Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar” (Jn 17,4). “Todo está cumplido” (Jn 19,30). “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” (Lc 23,46)

Nada en nuestra historia personal escapa a la Palabra. Todas las circunstancias de nuestra vida han sido vividas con el pueblo, nacido de la palabra en el Sinaí, pueblo del que somos los herederos espirituales. Circunstancias vividas sobre todo en Aquel que es el Verbo de Dios que recapitula todo en él (Ef 1, 10). Nuestra fecundidad brota de esta Palabra. Como lo hicieron Abraham, Moisés, los profetas, María, y todos los fieles de la Alianza antigua y nueva, nosotros también apostamos nuestra vida por la Palabra de Dios. Para nosotros, como para ellos, fuera de la Palabra de Dios no hay sino esterilidad. Pero gracias a ella, maduran mieses de santidad en nosotros bajo el sol del Espíritu. Gracias a su acción divinizante, la santidad de Cristo penetra en nuestro ser pecador.

Realizado en la palabra De este modo, la Palabra nos reviste poco a poco de la mansedumbre y de la fuerza de Jesús, de su paciencia y de su celo, de su amor por Dios y por los hombres, de su incomparable humildad y de su inquebrantable confianza. Es decir, nos reviste de Jesús. Nos hace como Cristo, cercanos a los pequeños, indulgentes con los pecadores, consoladores de los afligidos, acogedores de los paralíticos, de los sordos, de los mudos, de los leprosos, de todos aquellos que la vida maltrata. Nos hace siervos del Siervo: “Si Yo el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis como

yo he hecho con vosotros" (Jn 13, 14-15). Nos lleva a imitarle hasta su Pasión y abrazar, como él, con amor la Cruz redentora que se nos presenta, no sin antes haber pedido al Padre alejarnos de ella. La Palabra vuelve a encarnarse de nuevo en nosotros.

Y allí donde está la Palabra, allí están el Padre y el Espíritu. Hagamos memoria del último encuentro de Jesús con sus apóstoles: "Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn 14,23). Guardar la palabra de Cristo es la prueba del amor que le tenemos. Y así Dios nos ama, el Padre y el Hijo habitan en nuestro corazón. Y Jesús nos dice también en el Evangelio: "El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn 14, 26). De hecho, el Espíritu no habla, sino que da la vida a cada palabra pronunciada por Jesús, conservada en nuestro corazón, morada del Padre y del Hijo.

"La Palabra en nuestro corazón se convierte así en la morada nueva de Dios con los hombres, Dios a nuestro lado, en nosotros mismos, allí donde la Palabra se encarna en lo más secreto, allí donde dormita para ser despertada en nosotros por el Espíritu Santo. Asombrosa intimidad, allí donde el Padre y el Hijo permanecen en nosotros, donde el Espíritu sin cesar nos dirige la Palabra en lo más escondido de nuestro corazón, para decirnos de nuevo el amor del Padre y del Hijo.

Esas realidades nos superan, al contemplarlas aquí sobre la tierra, y sin embargo, son más reales que todo lo que podemos ver y tocar con nuestros sentidos. Constituyen nuestra realidad más profunda, más verdadera, aquélla hacia la cual aspiramos sin cesar, sin saberlo casi, a veces a pesar nuestro" (Dom André Louf, *Seul l'Amour suffirait*, pp. 90-91 del texto francés).

¡Cómo no saltar de gozo ante las palabras de Jesús: "Dichosos los que escuchan mi palabra y la ponen en práctica"! (Lc 11,28). Esa bienaventuranza es la recompensa de la fidelidad, es otro nombre de la fe. Recuerda otra palabra de Jesús: "El que ha recibido mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ame será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él" (Jn 14, 21).

Esas palabras resumen lo que significa vivir según el Espíri-

tu. Esta vida nos pertenece aquí y ahora, vida siempre en crecimiento desde nuestro bautismo, vida que se realiza plenamente en el momento de nuestra muerte, cuando entramos en comunión total y definitiva con Dios. *"Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté, estén también conmigo"* (Jn 17,24). *"Han guardado tu Palabra. Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de ti, porque yo les he comunicado lo que tú me comunicaste"* (Jn 17,6-9). *"Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos"* (Jn 17,26).

Y Dios es fiel. Sus promesas no son vanas. Se realizan. Dios *"rico en misericordia"* (Ef 2,4) sigue dando al mundo, que tanto ha amado, el don de su Hijo (Jn 3,16). La redención está en marcha. El Salvador actúa. El Padre introduce en el Reino a los santos, a imagen del Amado. Pero nos indica la condición, como lo hizo para los Doce en el Tabor: *"Escuchadle"*. Nos toca a nosotros dejarnos penetrar por la Palabra de Dios, entregarnos a ella, de tal manera que la santidad de Jesús nos transfigure hasta llevar sus rasgos, reconociendo en nosotros a su Hijo, y así nos pueda decir a nosotros también, pobres hombres manchados por el pecado, pero redimidos por la sangre del Cordero: *"Tú eres mi hijo amado en quien me complazco... Entra en el gozo de tu Señor"*.

V. Algunas aplicaciones prácticas

Aun corriendo el riesgo de repetir cosas ya dichas en las páginas precedentes o de recortar compromisos tomados por cada uno de cara a su vida, quizás sea bueno sugerir algunas aplicaciones prácticas para utilidad no sólo de los Hermanos, sino también de las comunidades de toda la Congregación. Las resumimos en cinco, brevemente desarrolladas.

- 1) **Leer la palabra** Nuestra Regla nos dice: *“Los Hermanos consagran a la lectura espiritual, especialmente de la Sagrada Escritura, dos horas por semana como mínimo”* (C 45).

Ese breve pasaje afirma tres cosas: la lectura espiritual no se limita a la lectura de la Biblia; sin embargo, ésta ocupa un lugar privilegiado, hay que reservarle un mínimo de dos horas por semana.

Hay varias maneras de leer la Biblia. Una consiste en tomar los libros sagrados según el orden de presentación, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Otra es seguir los tiempos litúrgicos, que escalonan los libros en dos o tres años, según el desarrollo de los misterios de Cristo. En ambos casos, podríamos hojear rápidamente todo un libro para hacernos una idea de conjunto, o leer la Biblia paso a paso, meditando cortos pasajes para entender bien su significado y alimentarnos de ellos. Debemos emplear los dos métodos: el segundo lento y pausado es necesario para nuestra vida interior; el otro nos da visión de conjunto.

Lo esencial es el espíritu con el que se cumple: que sea una lectura pausada o más rápida, de lo que se trata siempre es de empaparnos de la Palabra de Dios, empapar nuestra mente y

nuestro corazón, y dejarnos alcanzar por la Palabra en lo más profundo de nosotros mismos para que nos transforme. No es el momento de pasarnos a aclarar puntos difíciles: el tiempo del estudio vendrá más tarde.

Hablando de Evangelio, Juan Marfá de La Mennais decía: *"No deberíamos dejar pasar ni un solo día sin leer algunos pasajes de ese libro divino; es el testamento de nuestro Padre; es el depósito de sus promesas, la historia de su vida, el conjunto de sus discursos; debemos meditarlo con mucha atención y es una lástima que la mayoría de los cristianos ignoren su contenido. Desearía que cada persona tuviera un Nuevo Testamento, que cada mañana leyera si no un capítulo, por lo menos algunos versículos"* (Sermons III).

Podemos extender a toda la Biblia estas palabras de nuestro Fundador a miembros de Congregaciones piadosas. Y más aún nuestra Regla nos pide, según el deseo del Concilio Vaticano II (*Perfectae Caritatis*, n.º 6), que el Hermano se alimente todos los días de la Biblia (D 78). *"Comprende, por su lectura frecuente, lo grande que es haber conocido a Cristo"* (D 87). Cada vez que abrimos la Biblia, Dios tiene seguramente algo que decirnos. Quedémonos a la escucha; pongamos nuestro espíritu de rodillas ante El.

La lectura de los comentarios de los Padres ayuda mucho a la comprensión de la Palabra. No se trata de explicaciones exegéticas o sistemáticas, sino más bien de paráfrasis, fruto de la abundancia del corazón, de un corazón de santo, y a menudo de un genio, exhortaciones de tipo homilético, frecuentemente enlazadas con la liturgia. Nos permiten ver y pensar más que mostrarnos algo. No nacen de una investigación intelectual, sino del amor, de un desmenuzamiento sabroso de la Palabra y de la contemplación del misterio que proponen. Esos comentarios nos mantienen en un clima de paz y gozo y nos conducen hacia una adhesión amorosa a Jesús, al misterio de Dios Salvador y a la palabra que expresa. Los Hermanos que recitan a solas el Oficio Divino, perciben todo esto a través de los textos del Libro de las Horas.

Además existen actualmente muchas buenas obras que ofrecen una visión de conjunto de la Biblia o de tal o cual libro, y sugieren comentarios muy ricos para la vida espiritual. A todos

nos ayudará utilizarlos, sin perjuicio de otros volúmenes de espiritualidad o teología necesarios para nuestro apostolado o que sirven para aclarar un problema de actualidad. No obstante, ya que "la Biblia es el único libro por el que Dios se hace totalmente accesible, es preciso reservarle nuestra hambre preferencial y a veces ayunar de otros" (Dom Oury, p. 22).

El problema mayor que encontramos en la lectura espiritual es el del tiempo. La queja o la constatación, se repite sin cesar: "No hay tiempo para leer". La respuesta podría ser fácil: "Lo que se ama no se descuida". ¿Cómo ocupamos nuestro tiempo? Vamos a comparar, por ejemplo, el tiempo que pasamos frente a la televisión u hojeando la prensa semanal o diaria con el tiempo consagrado a la lectura espiritual. Quizás deberíamos reformar algo en nuestra vida y tomar la resolución de reorganizarla. Y además, si no es posible reservar cada día un tiempo a la lectura, nos quedan fines de semana, los domingos sobre todo, momento más propicio para dedicarnos a la lectura de la palabra de Dios. Es necesario para mantenernos en un clima de unión con Dios.

2) **Estudiar la Palabra** Para nosotros ese estudio constituye uno de los elementos esenciales del noviciado, con un fin sobre todo espiritual (C 68). Se profundiza durante el escolasticado, donde reviste un aspecto más técnico y más teológico y responde a las exigencias de la fe comprendida de una manera inteligente. Es un tiempo privilegiado, y es importante que los hermanos jóvenes reciban una iniciación general a la Escritura que aborde los problemas principales que dicho estudio presenta. Esos cursos generales serán completados por cursos especializados, con el fin de estudiar los diferentes libros de la Biblia. Por falta de tiempo, se impone elegir y los profesores competentes encargados de nuestros escolasticados deben hacerlo previo discernimiento. Que no retrocedan frente a un estudio científico, profundizado de algunos libros, un evangelio, el de San Juan, un Profeta, algunos salmos, una carta de San Pablo... —estudio que siga el texto versículo tras versículo y haga referencia a los varios métodos utilizados hoy en la Iglesia. Esta labor precisa esfuer-

zo, atención y rigor. El apóstol debe entregarse a ella con pasión. En este campo, nadie debe contentarse con aproximaciones o fantasmas. Además de conocer mejor su fe y dar testimonio de ella *"esta profundización intelectual ayuda al Hermano a anunciar también mejor a Cristo"* (D 87). Por eso no conviene disminuir la exigencia intelectual de estos estudios durante el escolasticado, estudios casi siempre coincidentes con otros de tipo universitario. Los profesores que están al servicio de los Hermanos jóvenes cuidarán la calidad de la enseñanza y los jóvenes la calidad de su trabajo.

Este estudio de la Escritura debe continuar a lo largo de toda la vida. No se limita a la exégesis propiamente dicha, sino que incluye la geografía de los países de Oriente Medio, su civilización, la historia de la formación de la Biblia... El estudio nos dispone para acoger la Palabra. *"Dios no se manifiesta por medio de intervenciones milagrosas, en ayuda de la pereza. Es preciso por lo tanto servirse de la inteligencia y de los medios normales de acceso a la luz; quien así procede, rinde honor a la Revelación"* (Oury, p. 139).

* * *

Es necesario, por lo tanto, enlazar la lectura y el estudio de la Palabra de Dios. "Existe el peligro real de una lectura espiritual que se convierte en estudio obstinadamente perseguido, y de una lectura espiritual sin contexto doctrinal o teológico, que se dispersa en objetos sin valor.

Existe igualmente el peligro de una lectio divina de la Escritura únicamente fundamentalista, como los testigos de Jehová o algunos protestantes... Lectio et studia: en el sentido propio del término, es preciso separarlos pero no hasta el punto de crear o perpetuar el divorcio, la brecha entre teología y espiritualidad; el estudio es necesario para una vida espiritual profunda; hay una manera de estudiar teología que ayuda a la vida de oración; la lectio es menos conceptual; la lectio y los studia son complementarios, no excluyentes" (Oury, pp. 146-147).

3) **Rezar con la Palabra** La oración del Hermano “*es sobre todo escucha amorosa de la Palabra*” (D 80). Es imitación de la palabra de Jesús, que ha rezado con las Escrituras (cf **Sal** 21; 31, 6; 68 y **Jn** 19, 28-30), de la palabra de Marfa cuyo Magnificat es un tejido de reminiscencias bíblicas, de la de Zacarías, de Simeón, de todos los Judíos piadosos que se apoderan de las oraciones del salmista o de los himnos que jalonan el Antiguo Testamento.

Durante **Laudes y Vísperas**, “*la oración del Hermano se une a la del pueblo de Dios que intercede por la salvación del mundo y presenta al Señor las alegrías, las esperanzas y las angustias de los hombres*” (D 78). Los salmos cubren todas las situaciones en las que nos podemos encontrar. Su repetición incesante establece directamente el contacto con Dios, y nos une a un pueblo en oración, en medio del cual nuestra voz, por muy débil que sea, unida a la de nuestros Hermanos, canta la alabanza de Dios, suplica por el mundo, con una fuerza de comunión incontestable.

En la **oración de la mañana y de la tarde**, a menudo nuestro corazón está seco. No sabemos qué decir a Dios. Ayudémonos entonces —y no sin razón— con un libro que nos da un impulso inicial o nos ofrece oraciones ya hechas. ¿Por qué no empezar con una palabra de la Escritura, repetida hasta saciarnos de ella en una oración suplicante, como lo hizo el publicano? Las hay muy bellas: las de los ciegos que quieren encontrar a Jesús, de los leprosos, de los padres que interceden por los hijos, del buen ladrón sobre la Cruz. ¿Por qué no murmurar interiormente aquellos versículos del salmo, el oráculo de un profeta, un breve pasaje del Evangelio o de las cartas de San Pablo que despertarían poco a poco en nosotros adoración, alabanza, sentimiento, agradecimiento, intercesión, petición, todos aquellos sentimientos que se expresan en la oración de Jesús, modelo de la nuestra? A lo largo del día, estas palabras volverán al espíritu y al corazón; cambiarán nuestra vida, que se convertirá en oración, según la petición misma de Jesús “*es preciso orar siempre, sin desfallecer*” (**Lc** 18,1).

Por ejemplo, si aunamos en nosotros estas palabras de Jesús: “*Yo amo al Padre y hago todo lo que me ordena*” (**Jn** 14,13), Jesús nos revelará poco a poco su gran amor de Hijo,

nos lo hará vivir en lo concreto, de una manera muy encarnada, y nos comportaremos como hijos amorosos del Padre, hijos que hacen lo que a El le place. Y un día nos daremos cuenta de que no somos nosotros los que repetimos esa palabra, sino que es el mismo Jesús quien la dice en nosotros y por nosotros a su Padre, y todo lo que hacemos se convierte en canto de amor del Espíritu, en el silencio del corazón. Entonces constataremos con gozo indecible que una nueva encarnación del Verbo ha acontecido en nosotros. La Palabra de Dios sembrada en nuestro corazón ha echado raíces, ha sido reengendrada y lleva fruto en la oración, alabanza de amor, y en la vida, transformada toda ella en oración.

Y llegará un momento en que el Espíritu nos concederá poder decir en lo más íntimo de nuestro corazón, una única palabra, la más maravillosa de todas, el Nombre bendito de Aquel que es la Palabra del Padre: "Jesús". El Espíritu lo susurrará en nosotros, dulce e incesantemente. Y Jesús a su vez, susurrará en nosotros, en el silencio del Espíritu de amor la única palabra que llevaba en su corazón y en su oración: "Abba, Padre" (cf. Jacques Lemaître, *Tychique*, pp. 55-56, n.º 21).

Esa oración es verdaderamente el fruto más precioso de la Palabra. ¡Ojalá se produzca en cada uno de nosotros!

El rosario nos ofrece también una ocasión cotidiana para meditar la Palabra de Dios. De muchas formas:

—La primera parte del Ave María procede de la Escritura: es la palabra del saludo del Ángel a la Virgen (cf. *Lc* 1,28) y de bendición de Isabel. Mientras que los labios repiten las palabras, el espíritu en calma las saborea a lo largo de la decena, hoy una frase, mañana otra: "Dios te salve María" — "Llena eres de gracia" — "Bendita eres" — "Entre todas las mujeres" — "Bendito es Jesús" — "El fruto de tu vientre".

—La contemplación, en unión con María, de los misterios principales de salvación, nos lleva a recorrer la vida de Jesús en su conjunto y nos hace avanzar siempre más en el conocimiento familiar de la Palabra. A veces, antes de la decena meditada, podemos leer un pasaje de la Escritura, correspondiente a un misterio contemplado. Tampoco nadie nos impide alejarnos de vez en cuando de los quince misterios tradicionales y escoger otros, en los que la Virgen María está presente: la huida a

Egipto, Caná, los pasajes de Lucas y Marcos (*Mc* 3, 31-34; *Lc* 11,27-28...)

—La orientación cristológica del rosario se realiza en la alabanza de la Palabra encarnada: “Jesús, el fruto de tu vientre es bendito”, sobre todo si al Nombre de Jesús sigue la cláusula propia de cada misterio como es costumbre en varios lugares.

4) **Compartir la Palabra** La Regla de Vida sugiere compartir la Palabra en comunidad, en particular para “discernir la voluntad de Dios” (D 6). Ese intercambio entre Hermanos nos hace vivir en la Verdad: “*Mi palabra es verdad, y la verdad os hará libres*”, dice Jesús. Sitúa a cada uno no frente a los otros, sino frente a Dios, bajo su luz y favorece un clima de libertad capaz de suscitar la paz en la unidad y la caridad. Ayuda a conocer mejor a los Hermanos, a apreciarlos más y puede llevarnos a una actividad apostólica en equipo.

Ese intercambio comunitario sobre la Palabra de Dios no siempre es fácil. Puede revestir varias formas. Las describo sirviéndome de una carta del Consejo General de los Hermanos de San Gabriel que puede ayudar a las comunidades que se preguntan cómo proceder.

a) *Escucha de la Palabra.* Partiendo de la lectura común y progresiva de un texto bastante largo (una página entera de la Biblia, un salmo suficientemente largo, etc...)

pararse individualmente en tal o cual versículo, y *expresarlo* al grupo sin comentarlo.

Dicha lectura se hace en un clima de escucha y de atención. Es el encuentro alrededor de la Palabra.

A través de los versículos re-expresados por cada uno, la comunidad entera descubre la riqueza del mensaje de la Escritura.

La escucha atenta ayuda a todos a conservar la Palabra en el corazón.

b) *Compartir el Evangelio.* Escuchar juntos un texto bastante breve y sugerente, texto litúrgico por ejemplo, o un episodio del Evangelio.

Tomar un tiempo de silencio durante el cual cada uno inte-

rioriza y saborea el versículo por el que Dios le ha dicho algo.

Expresar luego a los Hermanos lo que se ha entendido del texto, como llamada o respuesta, asombro, luz, conversión.

Es bueno pararse después de esa primera ronda. Podemos escuchar nuevamente el texto elegido, tener otro espacio de silencio y volver a expresarnos.

Es posible también decir a los demás lo que el eco de la Palabra de Dios en ellos ha despertado en nosotros.

Sería bueno terminar con una oración y entrever una línea de acción común, según las convergencias de las llamadas de Dios.

Ese compartir conduce hacia un nuevo conocimiento del Señor a través del rostro que los demás nos descubren, a un nuevo descubrimiento de sus exigencias y de su amor.

c) *Compartir una palabra vivida. Elegir en comunidad una palabra de Dios* (la que ha sido más unánime, o una palabra de los textos litúrgicos del momento o cualquier otra palabra...).

Intentar vivirla durante un tiempo determinado (una semana, dos semanas, etc...)

Al cabo de un tiempo, *poner en común las experiencias* a las que nos ha conducido, los encuentros en los que la hemos vivido, las circunstancias en las que ha sido para nosotros o para otros luz, fuerza, conversión, contagio.

Esto estimula nuestra fidelidad hacia la Palabra de Dios y nos lleva a una mayor comunión en comunidad.

Observación: Escuchar y compartir suponen un clima de fe. Antes de empezar, conviene tomar consciencia de que la comunidad está reunida en nombre de Jesús. El está presente de una manera especial ("*allí donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*"; Mt 18, 20). Es el Espíritu de Jesús el mismo que ha inspirado a los autores de los textos leídos y compartidos, quien revela a los Hermanos reunidos en su nombre, el sentido de la Palabra y la actualiza para edificar a la comunidad.

(Instituto de los Hermanos de San Gabriel: *Carta del Consejo general* - 2. Roma, 2 de junio de 1977).

5) **Ser testigo** El testimonio es doble: la proclamación de la Palabra y el ejemplo de la vida.

¿Acaso es necesario repetir la importancia de lo primero para nosotros? ¿El fin de nuestras escuelas no es acaso dar a conocer a Jesús?

Lo hacemos en los grupos de formación espiritual y apostólica, donde tratamos con jóvenes a menudo tocados por la gracia. No temamos anegarlos en la Palabra de Dios. Nos asombrará constatar cómo responde a su sed y cómo les habla. Los frutos superarán las expectativas.

Lo hacemos sobre todo siendo buenos catequistas. La escucha, el estudio y la oración de la Palabra nos disponen hacia ello. *"Esta profundización intelectual ayuda al Hermano a anunciar mejor a Cristo"* (D 87). Pero se impone una especialización en este campo. Debemos adquirirla y *"perfeccionarla sin cesar"* (D 115), sin temer las dificultades así como lo hacemos para otras cosas. La catequesis tiene sus exigencias, propias de su naturaleza específica. Precisa de la fe y de la asistencia del Espíritu. Invoquémoslo antes de cada catequesis para nosotros y para nuestros alumnos. Si tenemos tiempo, quedémonos unos minutos en la capilla y repitamos la catequesis en presencia de Jesús, pidiéndole que El ponga en nuestros labios sus palabras y que envíe el Espíritu al corazón de los jóvenes, para que la catequesis sea bien acogida. Invitemos a nuestros alumnos a consultar la Biblia, por lo menos el Nuevo Testamento, en particular el Evangelio. ¡Que se familiaricen con él! Poco a poco tomarán gusto a la Palabra de Dios. ¡No podríamos hacerles mejor regalo!

Pidamos a menudo en la oración el carisma de la enseñanza. Según San Pablo, consiste esencialmente en la interpretación de las Escrituras y en la exhortación (Rm 12,7; 1 Co 14, 26). A muchos Hermanos les gusta enseñar y lo hacen bien: sus clases son verdaderos regalos para los alumnos. Para la catequesis, ese don natural necesita de una epiclesis: apelar al Espíritu que lo transforma en carisma. Nos damos cuenta cuando vamos de una clase de matemáticas, de historia u otra asignatura a la catequesis: nuestra enseñanza "no pasa" ¿y la causa? No depende sólo de la inteligencia, sino del corazón. No se trata de presentar una conferencia, se trata más bien de

adherirnos a una Persona, de conocer y de amar a Jesucristo. Sólo el Espíritu transformará el don creado en carisma increado, que no sólo iluminará las inteligencias, sino que reformará también los corazones y cambiará la vida, llevándonos a adoptar actitudes y comportamientos cristianos en todos los campos de acción: relaciones, trabajo, momentos libres, prácticas religiosas.

¡Anunciar la Palabra! ¡Hay que darse prisa! Ante nosotros crece una generación de jóvenes cada vez más lejana de la fe. ¿Cómo abrirse a la fe, si nadie les habla? (cf. **Rm** 10, 14-15). “La fe viene de la predicación, y la predicación de la Palabra de Cristo” (**Rm** 10, 17). “Dediquémonos al servicio de la Palabra” (**Hch** 6, 4). Proclamémosla “confiando plenamente en la fuerza divina de esta palabra para destruir los poderes enemigos de Dios y llevar a los hombres a la fe y al acatamiento a Cristo” (Vaticano II, *Dignitatis Humanae*, n.º 11). Nunca ha sido tan necesario como hoy. ¡Que sea el gran gozo de nuestro corazón de apóstol!

¡Vivir la Palabra! En comunidad, en el aula, en las reuniones de trabajo, en los encuentros que tejen nuestros días, seremos por nuestro comportamiento, una luz para el creyente y un cuestionamiento para el no-creyente. Los jóvenes se cuestionarán, sin jamás decirnoslo, al vernos actuar según nuestra fe, en particular sobre algún punto que no admite ambigüedades o medias tintas! San Juan Crisóstomo interpela así a los cristianos: “No digas: me es imposible impactar a los otros. Si eres cristiano es imposible que no ocurra nada. Eso forma parte de la esencia misma del cristiano. Sería más fácil que el sol no emanara luz y calor que el cristiano no fuera portador de luz”. ¡Cuánto más diría de un religioso educador!

CONCLUSION

Hoy, 1987, estamos "a orillas del mar" (Mt 13-1). Desde el navío que es la Iglesia, algo alejado de la orilla, Jesús nos dice: "Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel, cada día salgo a sembrar. 'La semilla es la palabra de Dios' (Lc 8,11). La he sembrado abundante en vuestros corazones a lo largo de las páginas de esta Circular, como lo voy haciendo desde hace años en el banquete eucarístico cotidiano al que os invito, y en el Oficio Divino; como seguiré haciéndolo por boca de los pobres y por los acontecimientos.

Pero algunos escuchan distraídos lo que digo. El Maligno les arranca del corazón la palabra apenas recibida. Desde el principio se encarga de contrarrestar la acción en sus corazones: "No, no moriréis. Dios sabe bien que...". Lo ha intentado conmigo también: "Si tú eres el Hijo de Dios, di que estas piedras... Tírate abajo... Porque está escrito..." (Mt 4,6), que si esto que si lo otro.

Otros me escuchan con alegría, encuentran interesante lo que digo. Me aprueban con los labios, mueven la cabeza, asintiendo como hacen en clase algunos alumnos. Pero son superficiales, piensan en otras cosas, la palabra no les alcanza, "no permanece" en ellos, la olvidan nada más oírla, se evapora frente a la primera frivolidad, no tiene tiempo de echar raíces. Viven superficialmente. Mi palabra no tiene más peso que la suya, que se escapa, ligera, de su boca siempre abierta.

Otros la reciben como reciben todo lo demás. Su corazón es una zarza. Todo encuentra sitio: lo mejor y lo peor, sin discernimiento. Escuchan todo y mi palabra no tiene más importancia que la crónica de un periódico o las últimas noticias de la radio y de la tele. Seguramente dedican más tiempo a leer la

página de los deportes que a escucharme. Por no mencionar las múltiples ocupaciones que picotean los únicos granos que habían quedado! Esa preocupación por estar al corriente de todo, esa dispersión en múltiples actividades, esa acumulación de riquezas baratas, ahogan mi palabra. Podría decirles lo mismo que a Marta: "*Hermano, Hermano, te afanas y preocupas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola*" (Lc 10,41-42).

Otros —los más numerosos— la reciben con un corazón bien dispuesto. Desean la semilla y la acogen en una tierra labrada "regada con el rocío celestial, donde se transforma y se asimila para dar al fin fruto abundante" (*Ad Gentes*, n.º 22). La cosecha es buena: treinta, sesenta, el ciento por uno. Estos son los que "*después de haber oído la Palabra, la conservan con corazón bueno y recto, y fructifican con perseverancia*" (Lc 8,15).

¡Hermanos de la Instrucción Cristiana! "*mirad, pues, cómo oís*" (Lc 8,18).

Confíad en el poder y en la eficacia de la palabra que sembráis en los corazones de vuestros alumnos y de vuestros Hermanos. Cumplid sin desfallecer, con competencia y confianza, vuestro deber de sembradores y no os preocupéis de lo demás. "El Reino de Dios es como un hombre que echa la simiente en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, la simiente brota y crece, sin que él sepa cómo. Y cuando el fruto lo admite, en seguida se le mete la hoz, porque ha llegado la siega" (*Mc* 4,26).

¡Hermanos de la Instrucción Cristiana! no os pido hacer crecer y fructificar la semilla de la palabra. Os pido sembrarla. Hecho esto, idescansad en paz! Pero, hacedlo y hacedlo bien.

"*Sed los hombres de la Palabra de Dios, hombres cuyo corazón arde cuando la oyen proclamar* (Lc 24,32), hombres que armonizan todas sus acciones con sus exigencias y que desean ver la Buena Noticia proclamada hasta los confines de la tierra" (Juan Pablo II a los religiosos, Chicago, octubre 1979).

Sed como mi Madre, "*que guardaba con cuidado todas estas cosas y las meditaba en su corazón*" (Lc 2,19). Escuchadla cuando os desvela su secreto personal, descubierto a lo largo

de una vida de intimidad conmigo, su Hijo, Palabra encarnada; el secreto que revela a los siervos de las bodas de Caná y que os revela a vosotros también para que lo pongáis en práctica, al igual que su última palabra que resume toda su vida: "*Haced lo que El os diga*" (Jn 2,5). Entonces el agua de vuestras tinajas se cambiará en vino, vino que alegrará el corazón de los que recibirán de vosotros un vino generoso y abundante que apagará su sed".

Hermano Bernard GAUDEUL, H.I.C.
Superior General

Navidad 1986, Alfred (Maine)
Epifanía, Canton (Ohio). Estados Unidos

EPILOGO

Hijo mío, Jesucristo no ha venido a contarnos pamplinas.
Tú lo entiendes, no ha emprendido el largo viaje hasta la tierra,
(Y estaba tan bien allí donde estaba!)

No ha venido hasta la tierra

Para venirnos a contar cuentos y tonterías.

No hay tiempo para cuentos.

No ha empleado, no ha gastado, no ha despilfarrado.

Los treinta y tres años de su vida terrena,

De su vida en carne y huesos,

Los treinta años de su vida privada,

Los tres años de su vida pública,

Los tres días de su pasión y de su muerte,

(Y en el limbo los tres días de su sepulcro),

No ha empleado, no ha gastado, no ha despilfarrado todo
esto...

Su encarnación,

Su encarnación, su crucifixión, su sepultura,

Su suplicio,

Su vida de hombre y su vida de obrero, su vida de sacerdote y
su vida de santo y de mártir,

Su vida de fiel,

Su vida de Jesús,

Para venir a contarnos camelos.

.....
No, no, hijo mío. Y tampoco Jesús nos ha entregado palabras
muertas

Que podamos encerrar en cajitas o cajones

A conservar en aceite rancio

Como las momias de Egipto.

Jesucristo, hijo mío,

No nos ha entregado palabras para congelarlas,

Para guardarlas,

Nos ha entregado palabras vivas
Para alimentarnos de ellas

*Ego sum via, veritas et vita.
Yo soy el camino, la verdad
y la vida.*

Las palabras de (la) vida, las palabras vivas sólo pueden conser-
varse como tales,

Sólo pueden ser alimentadas, llevadas
calentadas en un corazón vivo.

Y no conservadas y enmohecidas,
En cajitas de madera o de cartón.

Así como Jesús ha tomado cuerpo, tuvo que hacerlo,
Así como se revistió de carne,

Para pronunciar esas palabras (de carne) y para que las
entendiéramos,

Así nosotros, de la misma manera, *imitando a Jesús*,

Así nosotros, hechos de carne, debemos sacar partido de ello,

Para conservarlas, para alimentarlas, calentarlas en nosotros
seres vivos y hechos de carne y huesos,

Milagro de milagros, hijo mío, misterio de misterios,

Porque Jesús se ha hecho hermano nuestro,

Porque ha pronunciado en el tiempo y en el espacio las pala-
bras eternas,

In monte, sobre el monte,

Y a nosotros nos toca, a nosotros enfermos y débiles,

A nosotros nos toca hacer vivir, alimentar y conservar vivas en
el tiempo

Estas palabras pronunciadas vivas en el tiempo.

Misterio de misterios, ese privilegio de amor nos ha sido dado,

Privilegio increíble, inmenso,

El privilegio de conservar vivas las palabras de vida,

De alimentar con nuestra sangre, con nuestra carne, con nues-
tro corazón,

Esas palabras que sin nosotros quedarían desencarnadas.

.....
Oh miseria, oh gozo indecible,

Temblor de felicidad,

Nosotros que no somos nada, que tocamos esta tierra por un
corto, miserable lapso,

Por unos años miserables,
(Nosotros almas inmortales),

.....
Es insensato, y, sin embargo, de nosotros depende, sólo de
nosotros,

Asegurar a las Palabras una segunda eternidad
Eterna.

Una singular perpetuidad.

De nosotros depende, a nosotros nos toca asegurar a las
palabras

Una perpetuidad eterna, una perpetuidad carnal,

Una perpetuidad alimentada de carne, de envidia y de sangre.

Nosotros que no somos nada, que no duramos nada,

(Sobre la tierra)

Es insensato, y, sin embargo, somos nosotros los encargados
de conservar y de alimentar, de mantener eternas

Sobre la tierra

Las Palabras dichas, la palabra de Dios.

.....
nosotros simples viajeros, pobres viajeros, frágiles viajeros,

viajeros precarios,

eternos vagabundos,

que entramos en la vida y súbitamente salimos de ella,

como vagabundos que entran en una fonda para una sola
comida,

por una hogaza de pan y un vaso de vino,

nosotros débiles, nosotros frágiles, nosotros precarios, nosotros
indignos,

nosotros enfermos,

de nosotros depende que la palabra eterna resuene o no
resuene.

En nuestros corazones de carne, en los corazones precarios, en
los corazones vagabundos,

En los corazones que se quiebran

Se conserva una palabra, se alimenta una palabra

Que no se quebrará nunca

En esos corazones frágiles habita una palabra para siempre.

Charles Péguy, *Le Porche du Mistère de la
Deuxième Vertu*, pp. 105-112

